

«CUALQUIER FORMA DE REPRODUCCIÓN, DISTRIBUCIÓN,
COMUNICACIÓN PÚBLICA O TRANSFORMACIÓN DE ESTA
OBRA SÓLO PUEDE SER REALIZADA CON LA AUTORIZACIÓN
DE SUS TITULARES, SALVO EXCEPCIÓN PREVISTA POR LA LEY.
DIRÍJASE A CEDRO (CENTRO ESPAÑOL DE DERECHOS
REPROGRÁFICOS) —WWW.CEDRO.ORG— SI NECESITA FO-
TOCOPIAR O ESCANEAR ALGÚN FRAGMENTO DE ESTA OBRA».

PRIMERA EDICIÓN: AGOSTO DE 2018

IMPRIME:
GRÁFICAS ASTARRIAGA S. L.
PLAZA ZUGARRONDOA 2
31178 ABÁRZUZA (NAVARRA)
WWW.GRAFICASASTARRIAGA.ES

MAÑANA FRATERNIDAD



Una nueva interpretación
de la historia humana

KOLDO ALDAI

“La palabra ‘unidad’ es la más profunda de la ciencia espiritual, y el sentido de nuestra existencia esta ahí. La conciencia de pertenecer a una única y misma familia nos da la seguridad de hacer algo grande. Esta grandeza no viene de nosotros, sino de esta familia universal a la que pertenecemos; ella es la que nos sostiene y la que nos salva de esta sensación de pobreza, de soledad, de vacío que a veces puede apoderarse nosotros”

Omraam Mikhaël Aïvanhov



Al “aita” que fue poblando de conmovedora historia la biblioteca del hogar, a la pasión que sin darse cuenta me transmitió. Él compraba los libros y yo aguardaba paciente a que los leyera y depositara en la estantería. Sin esa biblioteca este libro no hubiera sido.



ÍNDICE:

PRÓLOGO

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO PRIMERO:
LA HISTORIA UNA CIENCIA SAGRADA

CAPÍTULO SEGUNDO:
LA HISTORIA O EL ESTUDIO DE LA EVOLUCIÓN HUMANA

CAPÍTULO TERCERO:
RELEER LA HISTORIA

CAPÍTULO CUARTO
DE LA TRIBU A LA CONCIENCIA PLANETARIA

CAPÍTULO QUINTO:
EL DECLIVE DE LAS IDEOLOGÍAS

CAPÍTULO SEXTO
DE LA UNIÓN INTERNA A LA EXTERNA

CAPÍTULO SÉPTIMO
EL NUEVO MUNDO ESTÁ YA NACIENDO

A MODO DE CONCLUSIÓN...

PRÓLOGO

Sólo tratamos de ser fieles y cumplir nuestra parte. A cada inspiración un correr al teclado. A cada etapa de la vida un compromiso concreto. Había que echar la mirada hacia atrás y reconocer tanto esfuerzo, entrega, heroísmo para que hoy amanezca en mas justicia y más libertad. Puesto que hoy se nos presenta la posibilidad de una mirada más global, puesto que somos los privilegiados que podemos sobrevolar la historia con una observación más completa, más aérea, tenemos la obligación también de manifestarnos más agradecidos.

Todo el agradecimiento al que nos debemos no cabría en este libro. Es tan ancha la historia y tan grande el mundo. Han sido tantos los sacrificios y las abnegaciones a favor del progreso colectivo que se han ido sumando... Sin agradecimiento no somos nada. Un mundo tan cómodo como el de nuestros días corre el peligro del olvido, de mostrarse indiferente con el pasado, de no manifestarse lo suficientemente agradecido. Hay que recular una y otra vez para mantener presente al pasado... Recular no para anclarnos, sino para abrazar con fraterno agradecimiento a cuantos se dieron para que ese “mastodonte” por nombre historia avanzara poco a poco hacia delante.

En ese punto de mágica y gozosa unión interna nos anclamos. Ahora por fin comenzamos a conectar con el alma de la humanidad una, alcanzamos su esencia, nos aposentamos en ella. Ahora toca recordar lo que hemos sido, de lo que nos hemos vestido, los papeles que hemos cumplido... Tomamos imprescindible distancia.

Fue muy largo y agitado el recorrido. Quede la seguridad de que no fue en balde. Ahí están nuestras manos y corazones unidos para certificarlo. Nos hemos hundido en el barro de las más diferentes trincheras, hemos agitado unas y otras banderas, hemos apretado el gatillo desde las más diferentes posiciones..., y ahora por fin comenzamos a recordar. Todo fue un sueño, un largo profundo y a menudo pesadoso sueño, pero estamos despertando, para ya nunca más olvidar. Estamos por fin emergiendo a la conciencia de la unidad indisoluble, la conciencia de unidad en diversidad, por supuesto en libertad.

Somos devotos de la humanidad una, más allá de sus preteritos bandos, colores y etiquetas. Clavar nuestras rodillas ante ella nos ha costado toda una larga historia. Amamos la condición humana, la servimos. Honramos el dolor, el precio que hemos pagado hasta alcanzar esta conciencia. Honramos este momento en el que la historia comienza definitivamente a dar la vuelta, a abandonar para siempre la confrontación. Bendecimos la dicha de estar aquí y ahora sobre el planeta en este viraje sin precedentes.

Mañana libertad decíamos ayer. Felizmente nos vamos poco a poco instalando en ella. La libertad es un valor que se está consagrando en muchos países de occidente. Ahora decimos mañana fraternidad. No hay más elevada aspiración que anide en nuestras almas: volver a vivir compartiendo y cooperando en medio de un escenario maravilloso, de una Tierra bendita.

A todos los que dieron su vida por el ideal de fraternidad en las horas más lúgubres y oscuras; por todos/as los/as que se entregaron en cuerpo y alma al sueño de un día comenzar a vivir como hermanos, va dedicado este trabajo.

Mirar a la humanidad y su pasado con mirada certera, justa pero también trascendente. Observar la historia con objetividad y desapego, pero también ojos llenos de amor, de comprensión, de compasión, con ojos llenos de razonable esperanza... es el objetivo del libro tienes entre tus manos querido/a hermano/a. ¡Feliz lectura!

INTRODUCCIÓN

Había que mirar hacia atrás de otra forma, con una mirada acorde a la conciencia que vamos poco a poco desplegando. Había que observar la historia como un recorrido de almas en busca de su despertar. Comenzamos a salir del sopor, de la supina ignorancia en la que hemos estado sumidos. Se nos acumulan las cosas por redescubrir. Hemos querido estar aquí y ahora con un cuerpo físico sobre la Tierra en el momento en que ese despertar acontecería, en el momento en que comenzamos a escribir definitivamente otra historia. Quiero contribuir humilde y sinceramente a acometer ese pendiente, a ese imprescindible volver a escribir.

Nos habíamos acostumbrado a mirar la historia desde abajo, desde nuestra personalidad y además lo hacíamos a menudo desenfocadamente, con el desenfoco que proporciona la mirada condicionada por el interés y las circunstancias. El libro representa una invitación a observar nuestro pasado desde una atalaya más elevada, desde la cumbre de nosotros mismos. El libro nos anima a comenzar a mirar la historia desde nuestra condición de almas, de seres espirituales.

El lector no busque aquí un tratado ordenado, una tesis redondeada. No es un libro acabado, sino apenas esbozado. Se trata tan sólo una mirada fugaz, aérea. He volcado lo que al respecto he logrado vislumbrar y eso es bien poco. Esta miopía no daba para más. Creo que está enfocada correctamente, pero también es claramente incompleta, a veces desordenada. He dudado incluso a causa de ello en darlo a la luz, pero creo que hace más bien a

disposición vuestra, amigos lectores, no sin antes aclarar que se trata más de un fogonazo, de un vislumbre parcial que de un ensayo completo.

Somos inspirados, pero la inspiración es gradual, repartida entre muchas personas que se preparan y disponen. Las visiones de unos y de otros están destinadas a reunirse y así conformar una visión más completa. Hacer de la historia una ciencia sagrada es una tarea colectiva. Aquí sólo hallará el lector una limitada contribución.

El lector tienen ante sí un enfoque nuevo de la historia. He realizado esta exploración a la luz de que proporcionan las Leyes superiores o divinas, concretamente a la ley de la evolución. “Mañana fraternidad” enfoca la historia entendida desde la perspectiva de almas que emprendieron hace ya mucho tiempo colectivamente su reto evolutivo. Cuando caminamos con las leyes, caminamos seguro. Eso es lo que he tratado de llevar adelante, comenzar a explorar la historia con la perspectiva segura que revela la ley de evolución.

CAPÍTULO PRIMERO:

LA HISTORIA UNA CIENCIA SAGRADA

Este trabajo representa una humilde y pequeña contribución para que la historia sea tomada de nuevo en debida consideración, la consideración que merece el esfuerzo de cuantos nos precedieron por hacer de este mundo algo mejor.

No ya una historia manoseada, malinterpretada; no una historia mal leída, interesada u ocultada. No tu historia, no la mía, no al servicio de los intereses de nadie, sino al servicio de una verdad que necesitamos todos, verdad que necesitamos rescatar, revivir, reentender para poder avanzar. Vamos juntos por la verdad que no tiene ningún color, que no secuestró nadie, que a todos pertenece por igual.

Pasión por la historia

El viaje está en realidad a punto de comenzar siempre que lo deseemos. Sus accesos permanecen siempre abiertos. ¿Dónde nace esa pasión por la historia, nos preguntaremos una y otra vez? Seguramente era una pasión por la humanidad y su anhelo de superarse, de rehacerse; amor por la humanidad y su deseo, más o menos oculto, de dejar atrás el sufrimiento, de ser cada vez más libres y

emancipados; amor al humano y su voluntad de construir un mundo más justo, fraterno y feliz. ¿De dónde vendría si no esa pasión por la historia, de adentrarnos en ella por cualquiera de sus innumerables puertas? Todas sus entradas nos llaman, a todas nos sentimos invitados, todas atravesaríamos si pudiéramos.

Toda ciencia que ayuda a conocernos un poco más es sagrada, no sólo las que son reconocidas como tales. Hay más ciencias sagradas que las que habitualmente admitimos. Sagrada es toda ciencia que aborda un objeto de investigación con humildad y respeto. Sagrada es aquella ciencia que pretende ser útil al humano y su evolución, aquella que nos ayuda a conocer el mundo, los reinos y por supuesto a nosotros/as mismos/as.

Somos nuestro pasado. Éste nos acompaña con su clara invitación a integrarlo. Separados de nuestro pasado, nos separamos de nosotros mismos. Avanzar con el pasado es hacerlo con sus enseñanzas, con el mayor número de ellas que podamos extraer, sobre todo interiorizar. La historia es un pozo sin fondo de enseñanzas. Nunca lograremos sonsacar todas las que nos tiene guardadas. Hemos vivido en tantos escenarios, en tantos momentos diferentes. No hay momentos planos. Cada humanidad, en cada circunstancia tiene algo que decirnos. No corresponde dar con su regalo.

Vamos con todos los pasados, avanzamos con todas las humanidades. Las citamos en este presente. Disfrutamos hoy del privilegio de una mirada capaz de alcanzar más atrás, más ancho y universal al mismo tiempo. Cada contexto histórico nos ofrece un espejo privilegiado en el que nos podemos mirar y reconocer. No conviene ni olvidar, ni quebrar esos espejos.

Estamos reuniendo los espejos del pasado para conocernos un poco más. Sobre todo para reconocernos como humanidad una más allá de nuestras circunstanciales diferencias de religión, clase o nación. Estamos reuniendo los espejos de la historia para reconocer nuestras debilidades y aciertos colectivos. Sólo conociendo más de nosotros mismos, averiguando de dónde venimos y a dónde vamos, tomando cumplida nota de dónde erramos, dónde acertamos..., podremos avanzar hacia un futuro definitivamente diferente y mejor.”

Actores, no jueces

No hubo buenos y malos, hubo quienes acertaron y quienes erraron. Somos familia variada. Hubo quienes se dieron por entero y hubo quienes violentaron, abusaron y explotaron en beneficio propio, hubo quien se olvidó de sí y hubo quien sólo vivió para sí, a costa del prójimo. No conviene adentrarse en la historia con la toga del juez, pretendemos hacerlo con la lupa del estudioso. No seremos quien juzga, nuestro interés por la historia no es el de emitir sentencias. De ello se encarga otra Ley muy por encima de nosotros.

Unos y otros volvemos al mismo escenario, unos y otros traemos con nosotros el premio y el castigo en nuestros propios cuerpos, en nuestros propios planes de vida. Nadie se queda sin la cosecha de lo sembrado, sin la consecuencia de lo que ha generado, ya sea en un sentido u otro. Conocer la Ley nos procura paz en el análisis, amén de un acercamiento descansado y una mirada ponderada sobre la historia. Podemos leer serenamente sus capítulos sabedores de que, gracias a Dios, no nos corresponde a nosotros equilibrar la balanza de la justicia, sabedores de que ése no es, ni será nunca nuestro cometido. Nosotros

éramos actores en medio de ese escenario de las mil y un funciones por nombre Tierra, nunca los jueces.

Mirar desde Arriba

No hay otra linterna que el amor, no hay otra luz que aquella que vierte una mente que ha logrado por fin trascender las emociones inferiores. Deseamos construir una historia sin rencor. Hacer historia sagrada es invitación a desnudar el alma de orgullo, de animadversión, de todo deseo que emana la astralidad inferior y que tergiversa la observación. Las secretas enseñanzas de la Historia estarían reservadas a quienes la observan con ojos inmaculados de incondicional amor. En realidad todos los secretos de la vida están reservados a las almas más puras, pero esto se hace, si cabe más patente, cuando exploramos en nuestro propio pasado colectivo. El rencor lleva al partidismo y el partidismo nos inhabilita para hacer historia. Más limpieza de corazón, más mirada certera sobre la historia.

Con rencor no podremos mirar debidamente el ayer; no podremos alcanzar las causas motoras de los comportamientos humanos. Estaremos cegados a la hora de hacer un análisis objetivo y equidistante. La mirada real es la mirada de Arriba, la que observa todos los grupos humanos por igual, la que nos contempla como agentes de progreso y evolución, pero al mismo tiempo como víctimas de nuestra propia ignorancia y egoísmo. Es por ello que el aprendiz de esta ciencia sagrada y superior, el discípulo de esa gran Maestra por nombre Historia, siempre tratará de mirar como miran los Grandes Seres, los de mirada alta, compasiva, neutra, por supuesto alejada de todo partidismo.

La Mirada de Arriba es la que sonrío a todo avance humano hacia los grandes valores de justicia, de solidaridad, de libertad, de unidad... , pero que tampoco se altera por los retrasos, ni por quienes los protagonizan. La Historia y Quienes la alientan en la dirección del Plan, carecen de lo que aquí llamamos prisas. La Mirada de Arriba es consciente de que en ese juego de fuerzas de progreso y de fuerzas que lo tratan de detener, en medio de esa tensión de las fuerzas del futuro y del pasado, se aquilatan las almas.

Ante cualquiera de las múltiples encrucijadas de la historia, el aspirante siempre volverá a la misma y eterna pregunta, ¿cómo habrían actuado quienes son ya Mirada superior, justa, comprensiva y compasiva?, ¿cómo habrían actuado Quienes de forma oculta monitorean el desarrollo humano, el cumplimiento del Plan?, ¿cómo habrían actuado Quienes nada buscan para sí, Quienes lo son por entero para la humanidad? Es probable que la pregunta insistente y el corazón desprovisto de interés partidario terminen de acercar algo de la respuesta. Más adelante abordamos con detenimiento quiénes son estos seres y cuál es su papel con respecto a la evolución de la humanidad.

Modular orgullo

Todos hemos errado en el pasado. Quienes ayer erramos es probable que algo de la lección ya hayamos aprendido hoy, quienes lo hayamos hecho en demasía es probable que entráramos más tarde en la corriente de la evolución humana. Todo pasado personal tiene sus soles y sus sombras. Otro tanto ocurre con la historia colectiva. Como es en pequeño es en grande. Las sombras que quisiéramos

borrar en un recorrido personal, tienen su paralelismo con pasajes oscuros de nuestro recorrido colectivo. La liberación que queremos para nosotros, también la desearemos para esa alma grupal de la que formamos parte.

Conviene por lo tanto modular el orgullo por nuestro pasado colectivo tan lleno, las más de las veces, de luces, pero también de abundantes sombras. De la misma forma que a nivel personal no reivindicamos aquello de lo que nos arrepentimos, de la misma forma hemos de ser cautos a la hora de ensalzar de forma generalizada un pasado colectivo.

La verdad siempre aflora

Dejar la toga de la justicia nos proporciona una gran tranquilidad. Nunca debiéramos vestirla. Una cosa es denunciar la injusticia y otra perseguir a los injustos. Ni podemos, ni debemos ser los que imparten a diestro y siniestro justicia, los denunciadores de todos los injustos. Nuestra alma deberá descansar más en la Justicia divina para encontrar la paz que anhela y que representa su medio natural.

La verdad también aflora. A veces no tan rápido como quisiéramos, a veces se esconde para un día manifestarse en su siempre revolucionaria magnitud. Es nuestro deber contribuir a que la verdad aflore, pero también ser conscientes de los tiempos de Dios no siempre son los nuestros. A veces pasa un largo lapso hasta que se terminan de reunir todas las pequeñas y desperdigadas pequeñas verdades que construyen la grande e irrefutable Verdad.

La fe en la ley de la evolución es por ello importante, constituye la clave de este trabajo. Cada vez habrá más

almas que querrán avanzar con la verdad y el sentimiento de justicia en lo profundo de su corazón; más almas que no admitirán el abuso y el atropello, más almas que se vincularán a la labor de construcción del Reino de Dios en esta Tierra bendita.

Recuperar la memoria

El alma humana se expresa como amor en acción, amor impersonal y desinteresado. El alma está imbuida de los valores superiores de unidad, de fraternidad, de belleza, de armonía... La historia es el recorrido en pos de esos valores, es la larga evolución del humano en pos de la encarnación de esos principios superiores. La historia está destinada por lo tanto y tal como ya apuntábamos a convertirse en una ciencia sagrada.

Las Grandes Almas nos dejaron el Sendero ya marcado. Sin embargo nos resistimos en atender a sus hitos, en escuchar su verbo con ecos de eternidad. Volvemos tras Sus Pasos, después de haber vagado tanto tiempo errantes.

La importancia que tiene la recapitulación en el desarrollo de nuestra vida personal, es la que tiene el estudio de la historia en el desarrollo de nuestra conciencia colectiva. Con reverente paso, con esmero de veracidad, deseamos recuperar el recuerdo como lo más preciado de nuestro patrimonio colectivo. No son las piedras, no son los lienzos, no son las piezas más brillantes del mejor museo. El mayor legado es un intangible al alcance de todos. Es la suma de nuestros sudores y nuestras sangres, sobre todo de nuestras alegrías colectivas y anchamente compartidas. Representa nuestra memoria policroma, inclusiva, abarcante, generosa nuestra herencia sin duda más

valiosa y preciada. Si tanto valor tiene, vayamos juntos a por ella. He ahí el cometido de este libro: subrayar la importancia de rescatar la memoria para poder construir el futuro de otra forma definitivamente diferente. Recuperar la memoria es un ejercicio necesario que nos proporciona la luz imprescindible a verter sobre el mañana.

Recién reparamos en que la historia es una ciencia sagrada, como sagrada es la ciencia clavada en las estrellas, como sagrada es la que estudia nuestros cuerpo físico, los Reinos de la naturaleza... Sagrada es toda ciencia que nos ayuda a despertar, a conocernos un poco más, a descubrir quiénes somos; toda ciencia indispensable en nuestro proceso evolutivo.

Nos restaba mirar, observar la historia de otra forma, no como la sucesión de reyes, guerras y batallas, no como un relevo de diferentes modos de producción, sino como el campo en el que se ha forjado nuestro devenir como seres más concientes, libres y empoderados.

El hilo de la historia no se puede perder. Si las próximas generaciones olvidan, se hallarán desorientadas. No me refiero a unos anales que siempre estarán ahí, me refiero a las enseñanzas que subyacen a la historia. Esa memoria hecha enseñanza ha de perdurar si aspiramos a un futuro mejor. Tampoco convendrá olvidar a quienes nos proporcionaron esos aprendizajes. Desde la conciencia de dónde venimos, desde el agradecimiento a la suma de esfuerzos y voluntades pretéritas, podremos proseguir nuestro Sendero de desarrollo colectivo. Somos porque fueron y puesto que fueron, no deberemos olvidarles.

Habitamos un diminuto planeta en medio del casi infinito universo. Pronto deberemos unir otros relatos, otras his-

torias a nuestro particular relato ceñido a esta tierra. Pronto nuestra ventana no se abrirá sólo a este mundo, sino a otros mundos, sistemas y galaxias. Ya no seguiremos únicamente las pistas de nuestra humanidad, sino también de otras humanidades que seguramente también se dejan la piel en su apuesto de crecimiento, en su reto de realización. Estamos en vísperas de una revolución absoluta de nuestras conciencias. Ésta acontecerá en buena medida cuando reparemos en que el universo es hogar de muchas humanidades de muy diverso orden, jerarquía y origen.

Podamos poner en orden nuestra propia historia, antes de acercarnos a otros relatos más lejanos. Podamos terminar de enfocar la lente, afinar una mirada más del alma, más objetiva, menos parcial y extraer sus sustanciosas lecciones.

Historia de nuestras almas

La historia humana es la historia de nuestras almas, de nuestras conciencias, puesto que no somos cuerpos, la historia no puede cuanto menos limitarse al relato de nuestros avatares físicos. He ahí nuestro error pretérito. La historia no puede ser el recuento de una serie de acontecimientos inconexos, sin hilazón, pero igualmente tampoco nos podemos creer aquella visión tan incompleta de que la historia era movida por la economía, era una sencilla sucesión de modos de producción.

Éramos mucho más que materia movida por el deseo de materia, nuestra historia no es sólo en función de cómo hemos producido o dejado de producir, tal como nos sugiere el materialismo histórico. No somos meros productores; somos creadores, pues una parte esencial de nuestra

alma es crear, si bien es cierto que mientras nuestra alma dormía, esa facultad estaba mermada y apenas se desarrollaba. El marxismo no daba especialmente muchas alas a la condición humana superior. Aspiramos a una suerte de comunismo, (un nuevo orden social en el que prevalezca el interés de lo común sobre lo propio) que no sólo consista en un repartir más o menos acertado de la riqueza. Somos comunión de destino, almas anhelantes de adquirir una creciente conciencia de unidad, por más que hasta el presente nos hayamos manifestado tan reacios y dispersos, tan separados y confrontados.

Éramos, somos almas. Nuestra historia es también el proceso que nos ha llevado a alcanzar esa sencilla conclusión. Nuestra historia es la de los avatares que hemos debido atravesar hasta reconocernos como seres espirituales en constante evolución, seres que se revisten de diferentes cuerpos, para adquirir diferentes experiencias y conocimientos en sus respectivos mundos y dimensiones.

Tras los altos ideales

Éramos, somos almas por lo tanto la historia más genuina será el desarrollo de éstas, nuestras almas. La historia será el seguimiento de este emerger de nuestra naturaleza verdadera. Éramos almas que buscaban, que buscan reafirmarse en sus valores de armonía, belleza, amor incondicional, donación... y por lo tanto nuestra historia representa la lenta, pero imparabable encarnación de esos valores. Las ideologías eran pasajeras, nos sirvieron para entender un tiempo, unas circunstancias determinadas, los valores eran eternos. Sabiéndolo o sin saberlo, con mayor o menor conciencia, hemos ido siempre detrás de ellos.

Procedemos por lo tanto a adentrarnos en la historia de los valores, en el relato de la persecución de esos ideales, inherentes al alma. Amamos la historia porque anhelamos saber del itinerario de nuestras almas, de su lento, paulatino, pero inexorable despertar. Nuestras almas esperaron durante mucho tiempo, apoyadas en el barandado de la escena donde se batían nuestras personalidades. El estudio de la historia es el antídoto para no volver a dormir, para no volver a batirnos el hermano contra el hermano.

Sólo las almas realizadas pueden un día consumir la utopía de la fraternidad. Como afirma Sri Aurobindo en su libro, “El ideal de la unidad humana”: “La fraternidad sólo existe en el alma y por el alma; no puede existir por nada más. Porque esta fraternidad no tiene nada que ver con el parentesco físico o con la asociación vital o con el acuerdo intelectual”. Con sobrada razón afirma el reconocido maestro espiritual que los progresos humanos hacia el ideal de fraternidad sólo pueden verse garantizados por un cambio de la naturaleza humana y de la forma interior de vida. A propósito de la consecución de los grandes ideales, afirma el creador del yoga integral “... no pueden ser alcanzados por medio de mecanismos externos de la sociedad, ni tampoco por el hombre mientras éste vive sólo en el ego individual”. La obra del líder espiritual hindú del siglo pasado abunda en la misma tesis que pretende desarrollar esta pequeña obra, a saber que el desarrollo social y espiritual de la humanidad están intrínsecamente unidos: “La unidad formal humana implica el desarrollo de una espiritualidad de la humanidad, que sólo puede resultar de una gran avance psicológico en la evolución espiritual de la raza”.

Querremos dar saltos en el vacío, instaurar la fraternidad por decreto, volver una y otra vez al asalto de los palacios de invierno, pero será en balde. La fraternidad sobre se plasmará fuera cuando responda a una demanda determinante e insobornable del alma, cuando el ideal haya anidado en lo profundo de nuestros corazones. La Vida se ha debido servir de muchos métodos y tretas para conducirnos hacia el despertar del alma que inevitablemente nos lleva a abrazar el ideal de unidad humana.

Antes clamamos “Mañana libertad...”. Era cuando nuestras almas se asfixiaban sojuzgadas, privadas de aire, en unas circunstancias en las que tan difícilmente podrían evolucionar. Alcanzadas, siquiera mínimamente esas libertades exteriores en Occidente, ahora nos encaminamos lentamente hacia una meta si cabe más definitiva y perdurable. Por eso ahora decimos y titulamos este trabajo, “Mañana fraternidad...”, porque fundamentalmente queríamos esa libertad para poder ahora comenzar a hacer realidad nuestro más elevado sueño, porque ahora por fin deseamos, con toda la fuerza de nuestras almas, construir un mundo más solidario y fraterno.

En medio de las más difíciles pruebas, las guerras, llegamos a pensar que todo estaba perdido. Sin embargo ha sido en medio del paisaje de destrucción y ruinas que el humano ha podido lanzar más lejos sus sueños. Ahíto de pelear contra el hermano ha surgido imperiosa la necesidad de acercarse a él. La Sociedad de Naciones es difícilmente concebible sin el horror de la primera guerra mundial, la Organización de las Naciones Unidas es también difícilmente imaginable, si no es tras toda la destrucción y muerte que generó la segunda guerra mundial.

Es precisamente la memoria del horror de esas dos grandes conflagraciones planetarias la que nos detiene ante el abismo que supondría el desatarse una tercera guerra mundial. En esta nueva gran conflagración entraría el arsenal nuclear en juego y por lo tanto acarrearía unas consecuencias impredecibles. Esa tercera guerra planetaria, de la que gracias a Dios estamos cada vez más vacunados, llegaría incluso a amenazar la pervivencia de la propia vida humana en el planeta. Es por lo tanto el recuerdo y su conciencia inherente ganada, lo que nos salva. La historia viva y despierta, sus anales abiertos nos libran de la terrible experiencia de volver a cargar los cañones, de contemplar de nuevo el destrozo y la muerte inundándolo todo.

Amamos la historia

Amamos la historia porque no creemos en el gratis total y en algún lugar habremos de buscar un rostro al que rendirnos, unas almas a las que volcar nuestro agradecimiento. La amamos porque alguien asfaltó nuestras plazas y calles, puso alumbrado en las plazas, llenó de jardines y de flores nuestras alamedas; sobre todo porque alguien conquistó las libertades y derechos que hoy en día gozamos.

La historia es una ciencia sagrada, porque no hay nada más espiritual y sagrado que el agradecer y deberemos saber hacia quiénes nos llegaremos con nuestras manos colmadas de rosas, nuestros corazones henchidos de agradecimiento.

¿Tendrá sentido mencionar algún ejemplo entre tantos que han sido? Si lo hacemos es sólo para abundar en la necesidad de mantenernos siempre en una actitud

de agradecimiento. Los norteamericanos, canadienses e ingleses que en el amanecer del 6 de Junio de 1944 desembarcaron en las playas de Normandía sabían que muy probablemente no volverían a abrazar a su novia, ni a su madre y sin embargo desembarcaron, pusieron pie en la arena de esas playas infernales, ante el fuego impenitente enemigo. Los gudaris que subieron al monte Artxanda para intentar frenar a la tropas muy superiores de Mola y dar tiempo a los suyos a evacuar hacia Santander, sabían que seguramente no bajarían, pero agarraron la ikurriña y ascendieron con fuerza e ímpetu cantando juntos el “Eusko gudariak”...

El ayer es una suma de esfuerzos, de donaciones, de sacrificios..., para gozar de lo que ahora gozamos. Amamos la historia, porque queremos conjurar el olvido, porque la amnesia es la peor enfermedad que nos podría sobrevenir. Hay situaciones que no tiene sentido volver a vivir, hay ciudades, civilizaciones que no se deben volver a destruir, atillos que no se deben volver a cagar, refugiados que no deben volver a huir, guerras y conflictos que jamás deberían volver a estallar... No deberíamos caer otra vez sobre los mismos errores, simplemente por no haberlos estudiado y reflexionado suficientemente sobre ellos.

Vamos a evolucionar sin dolor, sin seguir matándonos los unos a los otros, vamos a evolucionar en paz, armonía y fraternidad. Por eso volvemos una y otra vez sobre la historia. Ella es la que nos vacunará del peligro de volver a caer en los mismos errores. Tratamos de arrojar luz sobre el pasado, de forma que ya no sea preciso volverlo a vivir.

Estamos aquí reunidos en este presente en el que hay más almas que nunca encarnadas en la tierra. Nos hemos citado en este ahora definitivo las víctimas y los victimarios, los explotadores y los explotados, los que mataron y los matados, los que hirieron y los heridos, los que atropellaron y los atropellados... ; nos hemos citado con la determinación de hacerlo diferente, de iniciar una era, una civilización nueva. El estudio de la historia es la garantía de que sabremos hacerlo mejor, de que nos conjuraremos para no tener que atravesar el mismo dolor. Se desvanecen los motivos que ayer nos llevaron a la confrontación, al tiempo que toman fuerza las razones que hoy nos apresuran a la unión.

Ya no sólo “¿quién soy?”, sino “¿quiénes somos?”, de qué orígenes venimos, qué etapas y experiencias atravesamos juntos, qué dolores y alboradas compartimos, hacia qué valle de sacrosanta paz, armonía y fraternidad definitivas nos dirigimos... La historia es otra desde el instante en que atisbamos que hay un Plan superior de Amor, de que la humanidad no avanza a la deriva. La historia es otra desde que comprendemos que el pasado fue necesario con una sola y exclusiva condición: que jamás lo olvidemos.

Alma colectiva

Ninguna porción de humanidad nos es ajena. La entera humanidad es objeto de nuestro interés y por lo tanto lo será igualmente de nuestra entrega. La global humanidad por supuesto nos atañe. En los Reinos inferiores al humano el alma es de carácter colectivo y no se tiene conciencia de ella. A lo largo de la larga evolución en nuestra condición humana iremos adquiriendo una cre-

ciente conciencia de unidad humana. Al dejar el Reino animal y dar un salto a la condición humana, nuestra alma se individualizó, pero ello no quiere decir, ni mucho menos, que perdió toda noción de alma colectiva. Ahora tenemos ante nosotros el reto de alcanzar esa noción de unidad humana, pero de una manera enteramente consciente.

Gozamos de un alma individual y gozamos de un alma colectiva, por lo tanto tenemos una historia personal y una historia colectiva. Todo quedaría grabado, tanto en lo que se refiere a lo personal, como a lo colectivo. La memoria colectiva estaría custodiada en lo que la tradición oculta denomina como “Archivos de la luz” “Archivos akhásicos” La ciencia divina nos revela que de la misma forma ninguna información referente a nuestro pasado personal se perdería. Nuestra historia individual no la conocemos, permanece oculta en nuestro archivo personal o “átomo simiente” o “permanente”. A lo sumo, a base de introspección, podemos dar con algunas constantes de nuestra profunda psicología. Habremos de dejar el cuerpo físico, ascender hasta la dimensión que la ciencia divina alude como “mental superior” o “causal”, para que de nuevo toda esa historia personal se nos revele en su deslumbrante vastedad. El átomo simiente es el único que permanecería con nosotros vida tras vida. Más información al respecto en mi otro libro sobre la vida tras la llamada muerte, “Sólo un hasta luego”.

Nuestra historia colectiva sin embargo, sí la podemos conocer, sin necesidad de abandonar nuestro cuerpo. Mucha información de esos “Archivos ocultos de la humanidad” está a nuestro alcance, no en toda su vastedad, multidimensionalidad y sorprendente alcance, pero sí gozamos de mucha información elemental con respecto

a nuestro pasado colectivo. Esta ahí viva en los anales, aguardando ser reinterpretada con toda la luz y conciencia holística e integradora que ahora estamos integrando. A ello pretendemos humildemente contribuir con este trabajo.

Nuestra alma colectiva es por encima de todas nuestras diferencias de cualquier orden. Somos hijos e hijas evolucionantes del mismo Dios, respiramos el mismo aire, caminamos por la misma tierra, por nuestras venas corre una misma sangre... Dice la tradición oculta que en nuestro itinerario evolutivo cuasi infinito habremos de vivir en las más diversas condiciones sociales, habremos de encarnar en las más diferentes razas, pueblos y geografías, profesaremos las diferentes religiones y espiritualidades, es decir habremos de vivir las más diversas circunstancias y “gimnasios evolutivos”, que se nos manifestarán imprescindibles para completar nuestra “graduación” en la condición humana. Con esa perspectiva, la historia indudablemente será otra.

“Paz, perdón y piedad”

No son gratuitos los bienes materiales que gozamos, pero sobre todo no son gratuitos los valores que hemos alcanzado. Conviene saber que hubo hombres y mujeres que se aferraron a esos valores aún en las situaciones más difíciles, que nos cedieron a la fácil, a menudo burda tentación del rencor y de la venganza, que en medio de la lucha fratricida creyeron en el perdón y la reconciliación. No, no estamos hablando del absurdo de memorizar fechas, reyes y batallas. Si no tuvo sentido antes, menos lo tiene ahora, en los tiempos de Google y sus búsquedas inmediatas.

Estamos hablando de reparar sobre todo en las enseñanzas que nos ha reportado la historia. Estamos hablando de la observación detenida de los momentos que han sido definitivos en nuestro devenir colectivo. Perseguimos las luminarias que se encendieron en mitad de los pasajes más difíciles de nuestro pasado. Nos detendremos en su obra, en su testimonio. Los esfuerzos humanos en pos de la unidad y la reconciliación constituirán siempre un objeto de nuestro estudio. Son muchos innumerables los ejemplos que podríamos aquí reunir. Estamos hablando por ejemplo de la importancia de leer el discurso de un Azaña, que al final de nuestra guerra civil clamaba por la superación del odio y la reconciliación de los españoles en su famoso discurso en el Ayuntamiento de Barcelona, “Paz, perdón y piedad”.

La historia nos puede sorprender. Políticos españoles como Manuel de Azaña, a la sazón miembro de la masonería, se nos pueden revelar en toda su talla humana. Así por ejemplo se nos manifestó cuando, en medio de ese clima tan violento, clamaba por la piedad y el perdón con respecto al enemigo, cuando se dirigía a las siguientes generaciones conminándonos a no volver a caer en las garras del odio. Los Maestros Espirituales no siempre acaban con un OM sus discursos, no siempre calzan túnica anaranjada y viven en los Himalayas. Pueden fumar puro, ser presidentes de Gobierno y además vestir sombrero y corbata.

Siempre es posible ir más lejos en el olvido y la entrega de nosotros mismos. Es importante que las nuevas generaciones sepan de ello. No está de más que conozcan sus nombres y apellidos, el escenario, las circunstancias de sus gestas... No conviene que todos los héroes sean digitales, ni que sean admirados sólo en la pantalla del or-

denador o la consola. Saber que fueron de carne y hueso, que desde nuestra misma condición alcanzaron la realización. Los héroes o como quiera que llamemos a quienes amaron más de lo que tenían establecido en su propio guión, fueron y nos siguen alumbrando con su ejemplo. No conviene olvidarlo.

¿Por qué amamos la historia? Porque somos cadena, somos linaje, porque hemos de saber dónde estamos, porque nos habremos de ubicar en medio de sus eslabones, de ese esfuerzo inmemorial de que amanezca para todos, de que haya un lugar para cada quien en la amplia escena de este planeta maravilloso... He querido intentar hacer de una pasión, un servicio. No sé si ese salto ha sido posible. Lo he intentado. Me cautiva lo heroico, el ejemplo de la entrega desinteresada, anónima que ha jalonado nuestra historia en tantos y tan diferentes escenarios, en tantas y tan diferentes edades.

Lo heroico nos estimula, nos revela que lo que otros hicieron nosotros también lo podemos igualmente llegar a hacer. Lo heroico nos reta, nos invita a superarnos, ahora bien habremos de cuidar para que ese estímulo no sea capturado por la personalidad inferior, anhelante de reconocimiento, sino por la excelsa alma que nada busca para sí. Lo heroico indica la senda, marca nuestro destino de creciente olvido de nosotros mismos en aras del beneficio de la humanidad.

Nos ha costado mucho alcanzar la mirada más neutral y objetiva sobre la historia. Durante mucho tiempo permanecemos escorados. No podíamos ser uno con los diferentes lados contendientes. Al comenzar a hacernos con esa mirada más incluyente, integradora, es también el momento de comenzar a redactar una nueva historia.

Ahora que aspiramos a mirar como miran Arriba, como observan las Grandes Almas, los Grandes Seres con mirada de sobrada compasión, es hora también de que les sirvamos proveyendo a la humanidad de una nueva historia sin vencedores, ni vencidos, una historia vaciada de rencor y de dolor en la que todos salimos ganando.

Necesitamos un espejo limpio, transparente para observar y comprender lo que hemos sido; necesitamos sobre todo fuerza y voluntad para hacerlo diferente. Necesitamos una historia veraz, sobre todo compasiva que nos permita perdonarnos los unos a los otros. Necesitamos recapitular colectivamente, volver mentalmente a atravesar el túnel del pasado, para poder apreciar la luz que ahora comienza a nacer en nuestro interior, para darnos cuenta del privilegio presente, para nunca volver hacia atrás. Reparar en el error pretérito es dar más oportunidades al mañana.

La civilización más humana y solidaria que hoy emerge y comenzamos a disfrutar ha tenido por precio el dolor que nos hemos infligido los unos a los otros. Sin ese dolor seguramente no estaríamos donde estamos. Ahora podemos afirmarnos en los valores que nos sustentan sin necesidad de volver a vivir ese dolor.

CAPÍTULO SEGUNDO: LA HISTORIA O EL ESTUDIO DE LA EVOLUCIÓN HUMANA

La historia y las aulas

Alguien decide lo que es importante, lo que es trascendente, lo que merece la pena pasar a los anales de la historia y obliga a retener el hecho en la memoria de los más pequeños. He ahí una falta evidente de lógica en nuestra educación. ¿Puede haber mayor absurdo que la memorización? En la realidad aprendemos de memoria el dato que nos sirve, que deseamos tener siempre a mano, para lo demás ya está la Red y Google. La nueva revolución digital ha destapado el absurdo de la memorización.

Sí que adquiere importancia el hacernos con una lógica interpretativa, sí que tiene sentido aprender a leer la historia. Interiorizando esa lógica podremos encarar y ver la relevancia de todo hecho histórico. Buscar la lógica subyacente en la historia nos conduce directamente a asumir la ley de la evolución. La historia se mueve, o mejor dicho movemos la historia como hijos evolucionantes de Dios. Los nombres de los reyes, de las batallas, la memorización de las fechas... no tiene mayor relevancia. Es el estudio de las causas, no de las consecuencias lo que fundamentalmente caracterizará la nueva historia.

En el estudio de las causas, por supuesto comenzar por las causas mayores, saber de la razón de nuestra presencia en la Tierra, saber de nuestro destino evolutivo tanto personal, como colectivo. Estamos siempre en desarrollo

hacia cotas de evolución, o lo que es lo mismo de perfeccionamiento, de purificación, de ennoblecimiento... más elevados.

Llega ya el momento de abordar la historia desde una perspectiva evolutiva. En realidad nada escapa a la ley de la evolución, tampoco nosotros. La historia se mueve porque en el humano abriga un anhelo evolutivo, ya sea éste más o menos conciente. La historia se mueve porque antes que nada somos espíritu, mónada divina, "atma" en la tradición oriental, que desea hacerse cada vez más manifiesta en nuestra personalidad. Nuestra historia es el pujar de ese espíritu o "atma". Los niños y adolescentes del mañana estudiarán esa naturaleza superior, ese pujar... no las batallas contra los moros que ganaron los Reyes católicos.

Hubo una primera y engañosa lógica que también se trató de imponer cuando nos hartamos de memorizar. Se trata de la lógica de que el humano era materia y que se movía por la materia. Aún sigue vigente en las universidades esa lógica del materialismo histórico que sugiere que la historia es una sucesión de modos de producir, como si fundamentalmente nuestra sociedad estuviera definida por ese aspecto.

Hay una parte en la que nos adherimos a Marx en el sentido de que la historia del humano está muy marcada por la lucha por emanciparse. Obra en nuestro interior una innegable voluntad de liberarnos. Sin embargo los límites a nuestra libertad y emancipación no vendrían exclusivamente del exterior. Somos llamados también a emanciparnos de nuestra propia personalidad, pues de ella proviene nuestra principal alienación.

Comprender la lógica evolutiva, comprender las etapas que

marcan mayores cotas de liberación, constituye la esencia de la historia. Esa es la historia que está llamada a entrar en las aulas de las escuelas e institutos. Al fin y al cabo se trata de ubicar al humano en el tiempo, de observar de dónde venimos, el camino que hemos recorrido evolutivamente y por lo tanto lo que nos falta por completar. Evidentemente con anterioridad al de "dónde", habremos de haber explorado también "quiénes" somos. He ahí otra ciencia sagrada. En realidad son diferentes las ciencias sagradas que llevan mucho tiempo esperando a la puerta de las aulas. Todo llegará, en realidad todo está llegando... Vivimos la antesala de un tiempo más sagrado que se definirá también por un cultivo de las facultades propias del alma.

Ahorremos a los niños del mañana el listado de los reyes visigodos, la relación de los Borbones que calzaron corona. No tengan que aprender las fechas de las batallas y sus lugares. Aprendan qué movió la historia, cómo fue el humano adquiriendo creciente libertad, derechos y emancipación, cómo fue evolucionando desde una condición semi-animal, dominado mayormente por el instinto, hasta alcanzar las cotas de conciencia y civilización actual.

Civilización vendría a ser por lo tanto sinónimo de expansión del alma, sus cualidades, su inmenso potencial creativo. Al dar a luz civilización, el humano estaría dando lo mejor de sí mismo. Al dar vida a civilizaciones más avanzadas el humano cumpliría con su sino. La civilización está llamada no obstante a aunar el desarrollo tecnológico con el de la conciencia. El solo desarrollo de la tecnología nos sitúa ante el peligro. La tecnología ha de ir en todo momento acompañada de conciencia, pues de lo contrario el humano avanzaría hacia su propia autodestrucción. Algo así ya habría acontecido en el pasado cuando el hundimiento del continente atlante, algo así estaríamos también en el presen-

te con riesgo de repetir.

Evolución que nunca se detiene

Nada nos llevamos de una vida para otra, ni un centavo, ni un céntimo de euro, sólo nos llevamos conciencia. Por eso intentamos sumar la conciencia despertada, aunar las enseñanzas, reunir la experiencia acumulada. El momento presente es de privilegio. Nos permite hacer alto imprescindible para la observación, el estudio y la extracción de las necesarias conclusiones.

El estudio de la historia es por lo tanto el estudio de la evolución de la conciencia humana. Desde el momento que el humano toma noción de su alto destino en la Tierra, el estudio de su pasado adquiere una razón y orientación diferente. Desde el momento en que el ser humano se apercibe de que es alma velada en mayor o menor medida por la personalidad, desde el momento en que reconoce que su destino es manifestarse como alma en todo su inmenso potencial, comienza a considerar su propia historia como la crónica de la búsqueda de esa alma.

Lo que es en pequeño, no difiere de lo que es en grande. La historia de cada uno de nosotros constituye de alguna forma la historia de la humanidad. Nuestros azares, nuestros retos, nuestras iniciaciones, son las que ha atravesado o atraviesa la humanidad. Hemos estado ya aquí, hemos pisado y hollado esta tierra, hemos respirado este aire, hemos gozado y hemos sufrido..., hemos vuelto una y otra vez porque queríamos ser mejores personas. La historia colectiva no debería por lo tanto resultarnos ajena. La humanidad aspira igualmente a ser mejor humanidad y por eso vuelve ella también una y otra vez incansable

al mismo escenario con anhelo de superarse a sí misma.

Nuestra alma conoce bien el devenir humano, sin embargo, hoy por hoy, estamos más acostumbrados a estudiarlo en los anales de fuera, no en los de dentro. Si supiéramos más de nosotros mismos, sabríamos más sobre el devenir humano, sin embargo no vamos muy lejos cada vez que intentamos tirar de memoria. El estudio de nuestra real naturaleza, nos puede proporcionar las claves del pasado.

Recapitulación colectiva

Más allá de la vida física sólo conjugamos tres verbos: recapitular, descansar y programar. Recapitular lo que ha constituido nuestra última encarnación para así obtener de ella las enseñanzas fundamentales; descansar tras una vida terrestre a menudo intensa y azarosa y por último programar en compañía de nuestros guías espirituales o tutores nuestra siguiente encarnación de cara a sacarle el mayor beneficio evolutivo.

La recapitulación es por lo tanto importante hasta el punto de que buena parte de la vida post-mortem nos aplicamos en ella. Si vital es la recapitulación que cada ser ha de ir realizando a lo largo de su vida, para poder observar donde acertó y dónde erró, para poder analizar dónde pudo haber puesto más amor del que manifestó, también lo será el observar esa recapitulación grupal para analizar más colectivamente en qué acertamos y en qué erramos.

La historia es por lo tanto invitación a un imprescindible ejercicio de recapitulación colectiva. Es la recapitulación la que nos permite proyectarnos hacia el futuro con un

propósito más elevado. El estudio de nuestro pasado colectivo es un ejercicio necesario, sagrado. Sin reparar en lo que hicimos correctamente, sin reparar en lo que erramos, no hay progreso humano posible.

Como es en arriba es abajo. La recapitulación que habremos de realizar de forma inexcusable ya mientras permanecemos en la dimensión física, ya en los mundos espirituales, es igualmente necesaria a nivel colectivo. He ahí la historia que tratamos de entronizar como ciencia sagrada. Ya no la historia como mera anécdota, como una memorización de fechas y nombres, sino como un estudio de la razón profunda, las causas, que llevaron al humano a comportarse de una forma determinada. Es de esa forma como lograremos enmendar y elevar el futuro colectivo.

Plan superior

Hay un Plan, un Plan superior, un Plan divino de amor y sabiduría. La historia humana, por difícil que nos pueda a menudo parecer, avanza en el marco de ese Plan. La humanidad no avanza hoy sin horizonte, pero en el pasado tampoco ha progresado carente de ese norte, por más sangre que haya sido regada a lo largo de sus anales. Es ahora cuando la violencia comienza a ceder y su sangre a detenerse que el humano puede hacer por fin un alto y tomar conciencia del largo camino, no sin dolor, recorrido. Es ahora cuando podemos observar que ese pasado convulso no fue en balde, que fue necesario, siquiera para poder ubicarnos en el momento privilegiado del presente.

Hay un Plan por lo tanto y hay Quienes conocen ese

Plan y aún conociéndolo no intervienen salvo cuestiones extremas, pues la evolución humana sólo puede desarrollarse en libertad. A lo sumo Quienes conocen el Plan iluminan las mentes más preclaras de los humanos con renovada visión e ideales, con nuevas orientaciones y pautas de pensamiento... Explorar la historia es estudiar el discurrir, a veces tan incomprensible, de ese Plan Divino. Nada escapa a ese Plan, nada por lo tanto debería tampoco escapar a su imprescindible estudio. El Plan Divino es un Plan de progreso humano hacia el alto ideal de unidad en armonía y diversidad, es un Plan enfocado a la plena consagración de la fraternidad en la tierra.

La fraternidad no es un delirio místico. Nuestra meta evolutiva, nuestro destino humano es la fraternidad. Es el sueño más elevado, la aspiración más noble de los hombres y mujeres a lo largo de toda la historia. En mitad de las batallas, de las guerras más enconadas y devastadoras, el humano consciente sabía que en el futuro reinaría la armonía, que en el mañana despuntaría el sol de la fraternidad; que a la vuelta de muchos milenios de confrontación iríamos despertando a un sentimiento creciente de unidad.

El Dios todo amor, no podía sino concebir una meta de fraterno amor como culminación de su Plan. El omega no podía diferir del alfa. En medio de ello el sufrimiento ha sido necesario para espolear al humano en su afronta evolutiva. A partir de la conciencia despierta a consecuencia del sufrimiento, hemos podido por fin abrazar superiores valores superiores.

La historia humana representa el lento progreso hasta alcanzar un día nuestro alto destino, vivir como herma-

nos. Nuestro destino sí estaba escrito, pero no la forma, el ritmo, las circunstancias, el itinerario... La fraternidad no tendría sentido, se terminaría desmoronando si no fuera asumida de forma libre y con toda la fuerza del alma. Si bien el dolor ha sido nuestro acicate en la evolución hasta nuestros días, también es cierto que en el presente estamos por fin en condiciones de comenzar a evolucionar sin necesidad del gravoso peaje del dolor. El despertar de la conciencia del alma nos puede ahorrar el aguijonazo del dolor para poder progresar en el futuro.

Conocimiento del Plan

Hay Grandes Almas que son en otras dimensiones, que han alcanzado la perfección y que conocen el Plan Divino de amor para nuestra tierra, pero también en la tierra hay quien conoce y ha conocido en líneas generales la Trama evolutiva de la humanidad. En medio de la oscuridad más o menos intensa, siempre ha habido humanos que han mantenido encendido el fuego del amor fraterno. Seguramente no sabían de las etapas concretas en la implementación de ese Plan, pero eran conscientes de que un día la humanidad comenzaría a disfrutar de la vida en plena comunión y armonía. Sabían de la ley de la evolución y por lo tanto albergaban en su interior el convencimiento de que un día alcanzaríamos metas de perfección, no sólo a nivel personal, sino también colectivo.

Los Mensajeros de Sabiduría y Amor encarnados, las fraternidades espirituales más o menos ocultas son quienes que han mantenido encendido el fuego de esos ideales humanos. Los servidores de la Luz de todos los tiempos y geografías lo han hecho a menudo al precio de sus vidas. Proclamar la fraternidad humana más allá de cualquier

tipo de división, implicaba severos riesgos. Hacer valer la igualdad de derechos implicaba cuestionar el privilegio, el abuso, la explotación... Se hace evidente la razón por la cuál las fraternidades humanas han sido perseguidas a lo largo de toda la historia. Comenzaron a emerger a la luz del día a finales del siglo XIX, cuando por fin se establecieron marcos de libertades y derechos humanos, cuando por fin se crearon estados y leyes garantistas.

Plan divino y revolución

La fraternidad humana fue sobre todo a partir de la revolución francesa un ideal en boca de buena parte de los sublevados. La fraternidad obrera también estaría en boca de los líderes socialistas y comunistas en el arranque de la revolución industrial. La fraternidad patriótica era también un ideal teóricamente consagrado en el marco limitado de un estado nacional..., sin embargo estamos hablando sólo de un espíritu de fraternidad en ciernes. Nos estamos refiriendo aún a una proclama volcada hacia el exterior, no a un principio fuertemente arraigado en el alma. De la consigna vociferada ligeramente a los cuatro vientos, al convencimiento del humano maduro, puede mediar un gran abismo. Desde la proclamación a la interiorización de un principio pueden pasar siglos, de hecho están pasando. Aquella suerte de fraternidad tan vinculada a la guillotina era sólo un nublado y confundido atisbo. El espíritu de la fraternidad no deja a nadie fuera, menos le corta la cabeza por muchos abusos que haya cometido. Lo fácil siempre fue correr por las calles ganados por esa mezcla de ideales y de ira, asaltar las Bastidas, los palacios de invierno, lo fácil siempre fueron las revoluciones de fuera, porque el humano ha recelado

siempre de la revolución verdadera, la más exigente la que más le pedía, la revolución interior, la revolución de adentro.

Ninguna revolución ha triunfado hasta el presente, sencillamente porque es inconcebible una verdadera revolución estructural que no surja de un humano nuevo y revolucionado a sí mismo. Muchas de las supuestas revoluciones de hasta el presente han sido sólo puro “maya”, pura ficción, un “quítate tú para ponerme yo...”.

El espíritu de la verdadera fraternidad humana no sería revelado a la humanidad hasta el surgimiento de la Sociedad Teosófica en el Nueva York de 1875. A partir de entonces este ideal comenzaría a dejar de ser una floja consigna emanada de una emocionalidad superficial, simple lema para la galería y comenzaría a ser un principio fuertemente arraigado en el alma humana. Ya no sería una fraternidad circunscrita a una nación, clase o religión, sino que por fin ese ideal sería llamado a desbordar las naciones, las clases, las religiones...

Nos encontramos ante todo un hito de la historia humana. El ser humano comienza a adquirir, en considerable número, conciencia del alma y de su verdadera esencia constitutiva, el amor. El ser humano comienza a tener conciencia de ese Plan y del lento, pero siempre inexorable avance hacia la consagración de la fraternidad.

Tutela de la evolución humana

Tal como señalábamos la humanidad no avanzaría por lo tanto a la deriva. Si es así, ¿Quién sujeta el rumbo? ¿Quién impide esa deriva? ¿Quién inspira a las almas sensibles en los diferentes ámbitos de forma que éstas auspicien el

progreso humano? Se les conoce con los más diversos nombres y están presentes en muchas de las grandes tradiciones espirituales. Son los Grandes Seres, las Grandes Almas, los Hermanos Mayores, los Maestros de Amor y Sabiduría, los Mahatmas... por mencionar solo algunos de los nombres por los que se les conoce. En la tradición cristiana estaríamos hablando de los Santos. Han culminado la experiencia humana, han vencido no sobre nadie, sino sobre ellos mismos y ahora nos acompañan.

Habrían completado con éxito la aventura humana. Podrían haber continuado su recorrido de servicio asumiendo otras responsabilidades y sin embargo decidieron quedarse con nosotros, hasta que el último humano de nuestra oleada evolutiva alcance igualmente la realización. He ahí el voto de los Bodhisattvas, que sería otra forma, en el contexto de la tradición budista, de referirse a estos Seres.

Hasta ahora hemos redactado la historia como si los humanos fuéramos los únicos autores y protagonistas, como si sus anales los escribiéramos sólo nosotros, como si hubiéramos dado por nuestra cuenta todos los pasos evolutivos. Por eso deseamos contribuir a una relectura de la historia. En ese nuevo análisis de la historia será preciso considerar que nunca hemos estado solos, que siempre hemos estado superiormente asistidos. Detrás de cada avance evolutivo en los más diversos campos y disciplinas están y han estado estos Grandes Seres. En segundo lugar que había, hay y habrá un Plan Superior al que muchos consideramos que nos debemos. En realidad nuestras vidas tratan de cobrar superior sentido en el servicio a ese Plan.

No quiere decir esto que la historia está escrita y que además la han escrito estos Seres realizados. Si en realidad así fuera, no seríamos los dueños de nuestro destino. Nosotros marcamos la dirección, el ritmo, los hitos..., ahora bien los grandes lineamientos se nos escapan. Comenzamos a intuir que la meta es la unión humana, el Reino de Dios, que el fin del Plan es la fraternidad, de ahí el título de esta obra. Esto lo han sabido las hermandades ocultas a lo largo de la historia. Por eso pudieron soportar todas las penalidades y persecuciones. Esa esperanza los mantuvo vivos. Sabían de una Aurora que precisamente comienza a clarear en nuestros días.

La historia la estamos escribiendo entre todos/as a cada momento, pero no sólo desde aquí abajo. Cuando hablamos de acompañamiento jerárquico nos estaremos refiriendo a una labor de monitoreo, de tutela pero con entero respeto de la libertad. Esa tutela de los Hermanos Mayores no implica cercenamiento de nuestro libre albedrío. La ley del libre albedrío siempre reina y es soberana. Nada puede cuestionarla. Sólo una reiterada y consciente actuación en contra de la vida y nuestros semejantes puede obligar a los Grandes Seres a cercenar el libre albedrío de quien actúa de esa manera.

Los Hermanos Mayores inspiran, como decíamos, también a la humanidad. Lo hacen en el campo de la ciencia, la investigación, la música y las artes, la política. Esta inspiración se realiza a través de sus seres más despiertos y a menudo altruistas. La nueva conciencia en la mente de los humanos, los movimientos sociales de progreso son auspiciados superiormente. Las nuevas ideas de progreso que calan de forma simultánea en la mente de tantos seres a lo largo del mundo no es un fenómeno casual. Los

dirigentes políticos de bien, verdaderamente entregados al servicio de sus comunidades son también inspirados y sostenidos desde Arriba.

Magnitud del Plan

La magnitud del Plan se nos escapa. Poco sabemos más allá de la certeza de que estamos destinados a vivir un día como hermanos. Merced a las nuevas tecnologías, al desarrollo de los medios de transporte y de comunicación se irá acentuando en el humano el deseo de cooperar y compartir. La conciencia planetaria, el anhelo de unidad en diversidad también se irá acrecentando. Poco sabemos más allá de las inmediatas etapas. Nos consta, eso sí, que cada vez nos sentiremos más hermano del hermano, más cercano del aparentemente diferente.

Servimos a un Plan que nos desborda, del que apenas sabemos nada. Ello puede parecer contradictorio. La infinita maravilla de la Creación no deja margen a la casualidad. Si la casualidad no ha sido hasta hoy, tampoco lo será mañana. Creemos por lo tanto en esa Trama divina que ha hilado fino hasta el presente, que seguirá hilando fino en el futuro. No sabemos a ciencia cierta qué es lo que se está gestando, pero deseamos servir a ello. Deseamos hacerlo con humildad, con pureza, con auténtica vocación de servicio. Deseamos hacerlo conscientes de que cada vez somos más las personas de tantos países, de tantas condiciones sociales y religiosas que queremos sumar a este Trabajo Uno y a la vez tan diverso.

Una Humanidad, un Trabajo, un Plan, una Unidad de destino, la fraternidad. Podremos extraviarnos, salirnos de la Senda, deambular despistados..., pero cuanto antes

nos demos cuenta de ese luminoso horizonte que nos aguarda, cuanto antes consideremos nuestro glorioso destino en diversa unidad, más sufrimiento nos ahorraremos. No conviene dilatar la hora en la que por fin se consagrará el Reino de hermanos.

El rechazo, cuando no la mofa de los académicos y profesores de Universidad ante esta visión de la historia está servido, pero así ha sido siempre. Las nuevas ideas tardan en calar. La existencia de una Jerarquía espiritual planetaria irá penetrando poco a poco en la mente de los humanos hasta que sea una realidad comúnmente aceptada. El limitado eco, aún al día de hoy de estos postulados, no nos disuade en el empeño.

Dirán que nada tienen de científicas estas aseveraciones. Nosotros habremos de seguir esperando el día en que la ciencia se abra y se rinda ante el Misterio. Lo persigue, lo trata de atrapar, pero aún no se termina de rendir ante Él. Ciencia y Espiritualidad se irán acercando y estos esponales que tanto aguardamos tendrán también su reflejo en una renovada interpretación de la historia. En realidad con este trabajo pretendemos anunciar esa otra historia que ha de llegar y de la cuál bien poco también sabemos.

Como es abajo es arriba. Está por llegar el Gobierno político mundial, del cuál la ONU es aún un muy embrionario intento, sin embargo el Gobierno espiritual del planeta lo es desde tiempos remotos. Ahora ya sabemos por lo tanto que la Historia es tejida tanto abajo, como Arriba. Arriba en realidad poco pueden sin nuestro concurso y entrega. Somos invitados a ser uno con ese Gobierno espiritual, a trabajar en estrecha cooperación con Quienes nada desean para sí y todo para esta humanidad.

No deseamos hacer de este trabajo un manual de esoterismo para el cuál por lo demás no estamos preparados. Pretendemos tan sólo subrayar que en el estudio de la historia deberemos considerar que la humanidad nunca ha caminado sola. Consideramos que ha llegado el momento, quizás no sólo de reconocer, sino también por fin de agradecer esta superior ayuda. El humano es protagonista de su historia, pero no es el solo implicado. Una perspectiva más amplia, integradora, holística irá llegando, una perspectiva que también considere la co-evolución que hemos desarrollado junto a los reinos hermanos (mineral, vegetal y animal), también junto a los reinos paralelos como el angélico. Sólo abrimos la puerta a lo que puede ser una visión de la historia más completa aún pendiente.

Historia y reencarnación

Fuimos los que fueron, seremos los que serán. Por inercia o ignorancia, hablamos de los antepasados en tercera persona, obviando que nosotros hemos sido nuestros propios antepasados. La ciencia oculta nos habla de 70.000 millones de almas que perteneceríamos a Tierra, de las cuales aproximadamente sólo una décima parte estaríamos encarnados en el mundo físico-material. El resto “moraría” en los mundos espirituales.

A la hora de establecer el lapso entre nuestras vidas, sí que hay diferencia entre unas fuentes y otras. También hay muchos factores que acortan o alargan ese lapso. Esta cuestión la abordó con detenimiento en mi otro libro “Sólo un hasta luego”. No es por lo tanto algo en lo que nos detendremos aquí. Por término medio en el

pasado hay fuentes que nos hablan de un lapso entre encarnaciones de 2000 años. Este tiempo se habría acortado sensiblemente en épocas más recientes.

Sin abundar mucho en la cuestión de la reencarnación que nos desviaría del objetivo de este trabajo, sí que queremos apuntar que somos realmente los hacedores no sólo del presente, sino que igualmente lo hemos sido del pasado, aunque a veces algo remoto. Somos almas que han tomado otros cuerpos y por lo tanto vivido en el pasado otras vidas. Hemos construido historia, hemos sido, en mayor o menor medida, sus protagonistas. La ciencia oculta va más allá en el sentido de que habríamos encarnado en muy diferentes países y condiciones con el objeto de ganar diferentes y complementarias experiencias.

Desde esta perspectiva por lo tanto, la historia no sería algo ajeno que habrían protagonizado otros, sino algo que nosotros mismos habríamos también tejido. El pasado de la humanidad ha sido de todas formas muy violento. En medio de esa historia convulsa nosotros también podríamos haber cumplido con roles agresivos. Es preferible por lo tanto dejar oculto, lo que oculto nos ha llegado, no vaya a ser que nos encontremos con desagradables sorpresas al explorar nuestras vidas anteriores. Predomina la equívoca idea de que hemos vivido en el pasado existencias heroicas y maravillosas, obviando que sólo recientemente comenzamos a adquirir un mínimo de conciencia y por lo tanto a desterrar la ignorancia, la violencia y su inherente sufrimiento.

CAPÍTULO TERCERO

RELEER LA HISTORIA

Utopía más cercana

La utopía de la fraternidad puede por fin comenzar a tomar tierra, a encarnar entre los humanos. Las fuerzas de la utopía ya no confrontan, ya no son amenaza inmediata para el sistema imperante. La utopía es ya una alternativa plausible, necesaria, cada día más al alcance de la humanidad.

El actual sistema político y social no tiene recorrido a largo plazo, sin embargo la utopía no viene a confrontarlo. Viene a decirle “Somos relevo, somos alternativa, somos el otro mundo posible. Éste ya no lo es. Somos el otro mundo posible porque jugamos a compartir y colaborar, porque nos alineamos con los valores universales. No jugamos a vencer sobre nadie, si es caso jugamos a ganar los corazones de los humanos.”

Amamos los Reinos de la Naturaleza, queremos ser Naturaleza, aspiramos a ser uno con ella, con las leyes de la Creación, porque nada que no se ajuste a las leyes de la Creación tiene recorrido. La utopía que late en lo profundo de nuestro corazón es real, sostenible. Promueve valores superiores. Ella de por sí es un valor superior. Promueve la unión de los credos, de las razas, de los pue-

blos, las castas y las clases. Está basada en el principio superior de la unidad en la diversidad.

Un mundo que funcione para todos

Antes no fue posible la utopía, hubo de mantenerse a la espera. No había acumulación de fuerzas, ni de masa crítica. Había exceso de inercia de confrontación. Había exceso de celo por parte de las élites para no invertir el injusto orden imperante. Había exceso de apego de esas élites privilegiadas por un sistema que fundamentalmente servía para ellas. Estamos refiriéndonos a las fuerzas conservadoras.

Ahora cada vez más gentes anhelan un mundo que funcione para todos. La utopía por lo tanto se acerca. Ahora comienza a acumularse la fuerza de muchas almas decididas a construir algo más entrañable, más justo, más sostenible. Comienza a haber masa crítica. Los servidores del mundo estamos además superando la inercia de la confrontación.

La conciencia de igualdad de derechos cala cada vez en sectores más amplios de la ciudadanía. Hay una voluntad más extendida de superar las diferencias establecidas en razón de la casta, la clase social, la cultura, la raza... Todo esto va desembocando en proyectos e iniciativas comunitarias más cercanos a la utopía.

El fracaso de la revolución

Podemos encontrar innumerables ejemplos en la Madre Naturaleza que nos expresan que todo cambio que acontece en ella es gradual. Ella no conoce los saltos. El caer

de la noche, el despertar del día, el desarrollo físico de los seres en los distintos reinos..., siempre son procesos lentos, no repentinos.

La Naturaleza nos habla por lo tanto de evolución, no de revolución. Trasladado este principio a las ciencias sociales, podremos fácilmente observar cómo no es posible una transformación exterior que no venga precedida de una interior. La esencia se manifiesta en el mundo de las formas con expresiones cada vez más evolucionadas. Las nuevas estructuras sólo se pueden implementar desde una nueva conciencia. Carece de sentido pretender sostener unas estructuras de futuro, cuyos principios aún no están verdaderamente arraigados en la mente humana.

No es sólo preconizar un nuevo orden social, es tener la madurez y capacidad de mantenerlo. A lo largo de la historia se han provocado grandes y rápidas transformaciones, cuya hora aún no habían llegado, cuyos ideales simiente no formaban aún parte de la conciencia mayoritaria. La revolución social arranca con un incontestable argumento de mayor justicia, pero a menudo ese anhelo puro se deteriora por el camino. La revolución puede convertirse en salto al vacío sin base de sostenibilidad, puede verse reducida a simple espasmo de la emocionalidad.

La revolución dictó que había que cambiar lo de fuera, pero no nos invitó a hurgar por dentro. La revolución sugirió que necesitábamos piedras y no flores, pueblos exaltados y no hermanos despiertos, barricadas en vez arena, desierto y recogimiento. La revolución nos envió el mensaje equivocado de que teníamos enemigos y no a lo sumo hermanos equivocados.

La revolución pretendió hacernos creer que ya estábamos llegando, cuando apenas estábamos arrancando. Nos dio a entender que nos encontrábamos en los aledaños de la victoria, pero ni siquiera nos habíamos vencido a nosotros mismos. La revolución nos enseñó a gritar, pero no a respirar. Nos envió el consigna errada de que todo era cuestión de cuatro días y no de casi una eternidad que es lo que necesitamos para purificarnos, así en lo individual como en lo colectivo.

Durante demasiado tiempo creímos enteramente esos mensajes equivocados. Pintamos consignas con faltas de ortografía en fachadas de exquisito mármol. Tiramos las piedras, levantamos las barricadas y sin embargo no amanecía por fuera, tampoco por dentro. La revolución nos reveló un mapa confundido hacia una Itaca así imposible. Sin embargo no todo fue baldío. Nos permitió ensayarnos en el imprescindible olvido de nosotros mismos en aras del progreso colectivo. La revolución nos enseñó a arriesgar por los demás, a salir “spray” en mano de noche y a veces no volver de día, nos enseñó a sumar corazones y voluntades por algo nuevo.

Ahora estamos recogiendo las piedras que arrojamos, desmontando las barricadas que levantamos, abrazando a los hermanos que perseguimos... Ahora nos estamos de nuevo ubicando. Nos preparamos para la larga travesía. Ahora estamos llenando la mochila de víveres, la cantimplora de agua y el alma de líquida e infinita paciencia. Necesitamos de mucha paciencia para con nosotros mismos. Ahora sabemos que el progreso en la ineludible senda de la evolución será lento. Ahora desconfiamos de ficciones y sobresaltos, sólo atendemos al lento, gradual

y seguro perfeccionamiento.

Historia cronológica

La historia humana no era una sucesión de reyes y de batallas. No era un discurrir sin sentido, sin norte. No era una sucesión de hechos sin orden alguno. Leíamos así la historia cuando no conocíamos el Plan Divino. Ordenábamos cronológicamente los acontecimientos, establecíamos unas épocas y en base a esa información redactábamos los manuales. La casualidad era el origen y ordenamiento de todo el acontecer humano. El Dios era arbitrario. Cada bando tenía el suyo. El destino era manejado caprichosamente por esos Dioses que tomaban partido, pero que carecían de una proyección de progreso global.

La historia humana no es una sucesión de hechos desordenados, no se encuentra al albur de un destino caprichoso. En medio de la convulsión y la confusión al humano le faltó discernimiento para observar un orden evolutivo subyacente, para visionar un destino más excelso. Ese destino pareciera secuestrado, pues tanto sufrimiento veía el humano a su alrededor.

Materialismo histórico

El marxismo se había adueñado en buena medida de la lectura de la historia. Nuestra crítica del marxismo evidentemente poco tiene que ver con la que esgrimen las ideologías conservadoras. El marxismo no alcanza a comprender la naturaleza holística del humano y por lo tanto no podrá tampoco conocer su historia. El marxismo nos presenta una visión muy reduccionista de la humanidad y su pasado.

La historia tampoco era una sucesión de modos de producción. El motor de la historia no lo es la economía. El humano no se mueve por motivaciones materialistas. El marxismo niega la naturaleza espiritual humana. No alcanza a comprender que somos almas que circunstancialmente nos servimos de una personalidad para desenvolvernos en los mundos inferiores. Somos almas con cuerpos, no cuerpos con alma. Somos almas impregnadas de ideales, por más que esos ideales sean ocultados a menudo por la personalidad. Nuestros verdaderos móviles son los del alma y estos aflorarán en su plenitud cuando ésta adquiera el pleno gobierno sobre la personalidad.

En tanto en cuanto no nos alienemos plenamente con el alma, las motivaciones materialistas de la personalidad se manifestarán y harán notar. Así ha sido hasta el presente. El alma ha tenido muy limitada su expresión en nosotros los humanos. Aún la tiene. Sí, se manifiesta como amor a los más allegados, como nobleza de gestos; a veces también como sacrificio, heroísmo, generosidad, elevado arte..., pero esa manifestación es aún fugaz en el conjunto de la humanidad y la personalidad hace aún patente su dominio.

Reducir la historia a la economía y a la sucesión modos de producción no deja de ser una interpretación muy parcial de la historia, por más que suponga un avance con respecto a la interpretación cronológica antes citada. Con el materialismo histórico ahondamos en una de las causas, de cualquier forma secundaria, del progreso de la historia. A la luz de la nueva comprensión de la vida y nuestra existencia que vamos adquiriendo, ese análisis se queda evidentemente muy limitado. No somos materia, ni nos movemos exclusivamente por la materia, por

más que ésta los intereses materiales hayan constituido un móvil importante a lo largo de la historia. Detrás un alma, más o menos latente, ha tratado de insuflar ideales.

Hay que agradecer a Marx y Engels ese cierto progreso en la interpretación de la historia, pero evidentemente no nos podemos quedar con su limitada y ya anticuada visión del siglo XIX, que se entronizaría posteriormente en las facultades de Historia de nuestras universidades. Nos serviremos del materialismo histórico en tanto en cuanto no nos reconozcamos más allá de la materia. Si nos reconocemos en nuestra dimensión de seres espirituales, evidentemente ese esquema se nos antojará insuficiente y caduco. ¿Si sólo éramos materia, cómo encaja el marxista ese aflorar en el ser humano evolucionado de anhelos superiores, de su fe y virtudes intangibles?

Evolución sin dolor

Paradójicamente no es la lucha en sí la que auspicia la evolución, sino a menudo el dolor que ella comporta. La historia de la humanidad ha ido hasta el presente de la mano confrontación y por lo tanto ha estado vinculada al sufrimiento. Hemos evolucionado por el dolor. En el futuro lo haremos por conciencia. En el presente estamos a caballo entre el dolor y la conciencia. Nuestro presente es frontera, germen de algo grande que está por venir. El humano ha necesitado del dolor para poder entender que debía obrar de otra manera. El dolor ha sido su inseparable acicate evolutivo, hasta que empezamos ya a decir basta, basta ya de guerra, de violencia y de sufrimiento; hasta que concluimos que estamos destinados a vivir como hermanos, a ayudarnos y a colaborar, ya no a lanzarnos a muerte los unos sobre los otros.

Separarnos del dolor implica separarnos de la idea de la separatividad. La conciencia de no ser uno con el otro, a causa de la diferencia de país, color, religión..., es la que acarrea la errónea noción de sentirnos separados. Esa noción a menudo desemboca en el conflicto y éste a su vez en el dolor. Fueron precisas las dos grandes conflagraciones de alcance planetario para que comenzara a cuajar en el interior del ser humano el ideal de la fraternidad. ¿Se puede entender el origen de la Sociedad de las Naciones sin la primera Guerra Mundial? ¿Se puede entender el origen de las Naciones Unidas sin la segunda Guerra Mundial? No sean de nuevo necesarias en las plazas de nuestros pueblos nuevas cruces, nuevas lápidas con ingente lista de jóvenes caídos, para comenzar a despertar a la paz.

Desechar el dolor como motor de evolución constituye ahora el gran reto humano; evolucionar a partir de las enseñanzas del pasado, concretamente las que nos proporciona la historia, para no tener que reincidir en el sufrimiento. Por eso estamos ahora exprimiendo el pasado y sus lecciones, para no vernos en la necesidad de volver a atravesar sus duros episodios. Por eso escribimos este libro. Las enseñanzas que necesitábamos y aún más ya nos las ha otorgado la historia. Sólo nos falta interiorizarlas.

Las cualidades del alma

Hemos de observar la historia en clave de campo de pruebas. Un futuro de creciente fraternidad humana se irá consagrando en un despliegue paulatino de valores inherentes al alma humana. Arrojo, generosidad, valor no siempre

estuvieron directamente enfocados a los más elevados propósitos, pero el humano necesitaba sus campos de entrenamiento. La historia se encargó de proporcionarle esos campos. La historia nos dio la posibilidad de exhibir esas cualidades, por más que fueran desplegadas a favor de una causa partidaria.

Las crónicas más bellas de la historia las ha escrito el ser humano cuando ha hecho gala de esos valores. El humano ha llamado “honor” a ese aflorar el alma y su naturaleza de pureza, de sacrificio, valentía... La capacidad del ser humano de olvidarse de sí mismo a favor de los demás ha dado siempre constancia de la existencia del alma.

La vida calculada, confortable, segura de nuestra sociedad occidental actual, tiene el inconveniente de no darnos ocasión para medirnos, de ponernos menos a prueba, de dejar poco margen en la exhibición de esas cualidades propias del alma. La vida excesivamente individualizada y compartimentada de nuestros días deja menos margen al altruismo de lo cotidiano. La necesidad se localiza hoy más lejos de nosotros, en la geografía del Sur.

Prendados de la humanidad

Acariciamos su piel de tantos vientos y soles. Enredamos nuestros dedos en sus rizos multicolores. Nos bañamos en sus pupilas de tantos horizontes. Remontamos sus árboles de innumerables frutos. Corremos con sus hijos en las playas de sus bravos mares. Danzamos al sol cuando se acuesta, cantamos una canción nueva cuando amanece...

Estudiamos la historia porque estamos enamorados de su sujeto: la humanidad. No la humanidad de una na-

ción, de una religión, de una cultura, de una clase social concreta..., sino de la humanidad en toda su más ancha expresión, la humanidad de todas las condiciones, de todos los ojos, cabellos y colores. Estamos por supuesto enamorados de la humanidad que empuja, que alienta el progreso hacia sus superiores metas al conjunto, pero ¿por qué no?, también de esa otra humanidad lastre, afeerrada al pasado y los valores que la han significado de división y recelo. No haremos muro delante de esa otra humanidad que también somos.

Estamos enamorados de todas las humanidades, nos reconocemos en todas ellas. Nos reconocemos por supuesto en la humanidad abierta, generosa, solidaria, progresista...; pero también nos visualizamos en esa humanidad más volcada en sí, más de puertas cerradas, que mira por sus intereses personales. Nos reconocemos por lo tanto en la humanidad que empieza a pensar, sentir y aflorar cada vez más como alma; nos reconocemos también en esa humanidad que sigue manifestando mayormente como personalidad individualista.

Estamos prendados de la humanidad, sobre todo de la que sufre, la que huye de la guerra, la que busca el pan bajo las piedras, la que padece dolor, enfermedad, persecución, hambre, injusticia, desaliento... Nos interesa el devenir humano. Nos reconocemos en sus cerradas curvas, en sus pasajes más convulsos, más controvertidos; pero sobre todo nos reconocemos en cada ser de cualquier latitud y geografía que suma por un tiempo mejor, más luminoso, más solidario y fraterno. Nos reconocemos en cada uno de sus gestos que augura esperanza, en cada uno de sus pulsos y esfuerzos que lleva escrito algo del superior destino humano.

Estamos enamorados de la aventura humana, de su periplo vital sobre todo del comienzo de su alborada. Estamos enamorados de la humanidad, porque nos aplicamos en el mismo aula por nombre Tierra, porque juntos hemos querido opositar innumerables veces con similares cuerpos o instrumentos. Nos ilumina un mismo astro, nos bañamos en un mismo océano de vida, respiramos el mismo oxígeno y corre por nuestras venas una misma sangre... Estamos enamorados de la humanidad, porque está constituida por almas que decidimos salir juntas a la arena de la existencia física, porque igualmente juntas hicimos la apuesta de intentar evolucionar en este marco privilegiado.

Todas las noches soplamos la vela de su cabecera, nos acostamos a su vera, amanecemos con ella... Estamos enamorados de la humanidad. Su despertar es nuestro gozo. Ya no será en un punto geográfico determinado, en el seno de un grupo o fraternidad escogida...; el clarear de la historia es ya generalizado y nada lo puede parar. Nada puede frenar el progreso humano hacia superiores cotas de unión y fraternidad. Es una Voluntad que escapa a la nuestra y nosotros tratamos de sumar a esa bendita Voluntad.

Estamos enamorados de la humanidad y éste es un sentimiento cada vez más compartido. Cada vez más hombres y mujeres de todas las razas y colores están prendados de este amor sin fronteras de ningún orden. Este amor se manifiesta de las más diversas formas. El servicio altruista viste todos los uniformes que pudiéramos imaginar. Este amor se revela cuando el otro importa, cuando la suerte del prójimo comienza a ser más determinante en nuestros días.

Este amor cada vez más ancho y abarcante es también la más clara señal del advenimiento de un tiempo definitivamente diferente. No renunciaremos a ese amor que desborda el que podamos sentir por un pueblo, por una nación o raza en particular. No renunciaremos a ese amor que es garante del advenimiento de una nueva era de paz y fraternidad sobre este planeta bendito.

Progreso del Plan

Nada puede detener el Plan que es de Dios, sobre todo del Dios crecientemente manifestado en lo profundo de nuestro corazón. Nada puede detener lo que está llamado a manifestarse, la presencia más poderosa del alma en nuestro interior. Ya no es tanto una revolución coyuntural, como un progreso afianzado en sólidos valores del alma. No somos devotos de las Grandes Almas, de los seres realizados, entre otras cosas porque estos Excelsos Seres lo que nos piden es que no seamos sus devotos, nos sugieren que seamos devotos de la humanidad y que por ella nos entreguemos en cuerpo y alma.

Los Hermanos Mayores nos invitan a que el amor para con ellos, lo demostremos en amor para con nuestros hermanos. Nada que a ellos les acontece nos es ajeno. No es necesario estar con la televisión encendida para mantenernos unidos al devenir humano. No es preciso estar todo el día pegados a las noticias y al acontecer diario. El amor a la humanidad se revela en el anhelo de hacernos uno con su destino. Somos uno con sus avances, sus logros, pero también por supuesto con sus fracasos, sus sufrimientos, sus retrocesos. Hay una unión interna que no implica un conocimiento del devenir humano por me-

norizado.

No podemos concebir nuestro destino personal alejado del colectivo. No soñamos para nosotros, pues la felicidad es una gloria que nadie logrará encerrar en una burbuja, meter en un solo piso, en un solo hogar. No soñamos para nosotros, soñamos en grande, soñamos para todos, soñamos para los hombres y mujeres de todas las razas, colores y naciones. No soñamos para nosotros, el Hogar planetario no contempla tabiques y la verdadera felicidad siempre está llamada a desbordar las paredes de escayola. Estamos unidos al destino humano. Nos interroga su futuro y por lo tanto indagamos en su pasado. En el ayer podemos encontrar muchas claves importante para hacer mejor el mañana.

Lectura desapegada de la historia

La lectura de la historia para que sea acertada habrá de ser emocionalmente desapegada. Estamos llamados a observar nuestra historia como lo hacen desde arriba los Grandes Seres, sin un vínculo emocional que tergiverse lo acontecido. La historia es ciencia al fin y al cabo, ciencia cuyo objeto son unos hechos, hechos que bajo ninguna justificación de ningún orden, deberemos alterar.

Es el acercamiento a la mente desapegada lo que nos permitirá esa lectura no identificada de los hechos. No deberemos perder la idea de escenario, de teatro al que salimos numerosas veces para jugar un papel, un rol circunstancial. La identificación excesiva con ese papel o personalidad, puede llegar a malograr la encarnación. La vivencia desapegada procura igualmente la visión desapegada.

A la postre no somos de una nación en particular, no somos de una nación, de un color, de una religión... Hemos podido circunstancialmente jugar un rol en esos escenarios. En cada encarnación pasamos a formar parte de un determinado grupo humano, pero nosotros no somos por siempre de un determinado grupo humano. Es la conciencia de la reencarnación la que nos procura un sentimiento más desapegado con respecto al rol concreto que asumimos vivir al tomar cuerpo.

No somos de un pueblo, de una tradición, de un determinado grupo social por siempre. En la medida en que nos apeguemos a un papel determinado, nos será más complicado mirar a la historia desde una observancia neutral. La identificación procura una mirada también identificada. Emocionalmente hemos de desapegarnos de la historia. Es la mente que analiza y discierne la que ha de prevalecer. La perspectiva de la mente superior desapegada proveerá una más clara y objetiva visión. La excesiva identificación emocional malogra un estudio veraz, neutral y más fecundo en lecciones.

La historia y el dolor

Es difícil hacernos cargo en nuestros días de la crueldad que tiñó los tiempos pasados. Es difícil visionar el grado de odio desatado a lo largo de la historia entre los humanos y sus terribles consecuencias. Es complicado comprender la necesidad de haber atravesado esos escenarios y sus situaciones tan violentas, sin embargo la noche oscura de la humanidad pareciera haber sido imprescindible para poder hoy disfrutar y apreciar la paz y la concordia emergentes.

La civilización es algo bien reciente en realidad, la civilización entendida como una más sana, armoniosa y edificante convivencia humana, apenas tuvo hueco en el pasado. El humano ha sido cruel con el humano, también ha sido amoroso, pero esta lección le ha llevado tiempo aprender. Esa maltrato de unos humanos por otros sólo se puede concebir a con la ley de la evolución en la mano. Gracias a Dios saltan en nuestros días a la cabecera de los medios el maltrato y la injusta violencia que unos seres infligen a otros. La noticia por ejemplo del maltrato a la mujer alcanza inmediato a los medios de comunicación, sin embargo no deberemos olvidar que esa violencia y maltrato han representado el pan de cada día hasta el presente.

Sólo a la vista de nuestra pretérita condición asilvada se puede concebir esa violencia, esa emocionalidad desatada sin el gobierno de la mente y el espíritu. Buena parte de la humanidad se mantiene en ese estadio. La condición humana abarca desde la pura animalidad recién abandonada hasta las puertas de la condición angelical. Esa constituye nuestra larga escala evolutiva de cones. Para entender la violencia y la crueldad del pasado estaremos obligados a observar con detenimiento esa escala evolutiva.

El desarrollo de la ciencia y la tecnología ha ido más rápido que el desarrollo de la conciencia. Los romanos que pavimentaban una excelente red de calzadas a lo largo y ancho del viejo continente, eran los mismos que en los días de las grandes efemérides se divertían en el circo por decenas de miles viendo como las fieras despedazaban a sus hermanos ya esclavos, ya gladiadores, ya cristianos... Ambos avances deberían ir parejos. En la actualidad te-

nemos gigantes tecnológicos como China que aún no respetan los más elementales derechos humanos. Si la conciencia no acompaña a la tecnología sobreviene el desastre. De nada nos sirve más progreso tecnológico, si no aprendemos a hacer un uso adecuado de él.

El padecimiento de situaciones duras pareciera haber constituido un pago inevitable para poder hollar el empinado sendero de la evolución, al mismo tiempo que el perdón ante esos atropellos representaría una de las vías más rápidas de ascenso a la gloria. Hasta 30.000 hombres podían aplaudir en Roma la muerte cruel de los cristianos en la arena, sin que nadie cuestionara tamaña crueldad. Pareciera inevitable haber atravesado tan sombrías épocas hasta que el humano despertara en su alma dormida.

La historia avanza y ya por ejemplo, a propósito de los espectáculos, el trato infligido a los toros en las corridas es socialmente muy cuestionado. Poco a poco la humanidad se va sacudiendo crueldad de encima... Dudosa "la fiesta" que se nutre de sufrimiento ajeno. Pronto las plazas libres también de agresión, tortura y muerte a nuestros hermanos los animales.

Dios y el dolor

Nos habremos de preguntar si ha sido necesario haber vivido como humanidad tanto dolor hasta poder desembocar en este presente más grato y halagüeño. La respuesta pareciera inevitablemente afirmativa.

A la pregunta inevitable de por qué ha permitido Dios, o más bien los regidores del Plan Superior para esta Tierra, que se derramara tanto dolor sobre el planeta, le seguirá inevitablemente la otra pregunta de si hubiéramos sido capaces de evolucionar y llegar a donde estamos, si no hubiéramos sido espoleados por ese dolor. Seguramente

estábamos demasiado atrás, éramos demasiado salvajes y violentos para no haber necesitado ese acicate evolutivo. La violencia, la guerra, la tortura, nos han empujado a la necesidad de empezarnos a amar. El hastío de la confrontación en todas sus formas nos ha acercado a los humanos.

Ahora prima despejar ese fantasma del dolor que nos ha venido desde tan atrás acompañando. Es necesario proporcionar a las nuevas generaciones un futuro en el que todo humano sea respetado en todos sus derechos, sin ningún tipo de atropello. El pasado quede atrás y sus lecciones nos puedan acompañar. Son esas lecciones socialmente interiorizadas en forma de conciencia colectiva, la garantía de un futuro definitivamente diferente. Por eso escribimos estos libros, porque queremos contribuir a sellar las puertas donde mora un mal que tanto dolor ha provocado.

Cerremos para siempre las cámaras de gases, los centros de tortura, los circos de sufrimiento de ayer y de siempre... Devolvamos la esperanza a la humanidad. Podemos dejar este mundo mejor que lo dejamos, con más flores y cantos, con menos dolor, con menos inquina, con más amor, comprensión y mutua consideración.

Bien limitadas en su poderío son estas letras ante todo el dolor que aún aqueja al mundo, sin embargo las seguiremos tecleando. Son letras que de una u otra forma confluyen con otras letras y sentires de esperanza, conciencia en favor del progreso humano que a su ritmo irán ganando más y más corazones.

CAPÍTULO CUARTO

DE LA TRIBU A LA CONCIENCIA PLANETARIA

El ser humano evoluciona al fomentar espacios más grandes de comunión, sobre todo con el diferente. Con quien es como nosotros el acercamiento es mas sencillo. Mayor reto implica el movimiento hacia quien es distinto en cualquier orden. Sin embargo el retorno es también mayor, pues más enriquecido saldrá siempre el humano de ese encuentro. Nuestra historia bien la podríamos resumir como el proceso de consolidación de un espíritu cada vez más abarcante de unidad. La historia bien podría ser clasificada en función de las etapas significadas por las barreras que hemos poco a poco ido derribando. Así hasta el día de hoy en que sentimos que tantas murallas y fronteras de todo orden han ido cayendo a nuestros pies, barreras que ya nunca se levantarán, que ya jamás nos separarán. Vivimos el momento privilegiado en el que las separaciones comienzan a ceder y la ansiada fraternidad humana, siquiera de una forma muy embrionaria, por fin a florecer.

El miedo y la desconfianza ha sido el mayor freno. Un idioma común como pueda ser el inglés, un instrumento global, rápido, directo, accesible como pueda ser internet, un desarrollo de otros medios de comunicación en general y de transporte..., son todos ellos factores que han fortalecido en estos últimos años el ideal de unidad humana, que han ido mermando esos miedos y desconfianzas que han sido tan negativos y que tanto retraso han originado

en nuestra evolución. A continuación algunos de los hitos más importantes que hemos ido recorriendo en ese camino hacia la unidad.

Prehistoria

Estamos en las primeras etapas evolutivas del humano. Recién su alma se ha individualizado, pero los rasgos animales son más que evidentes en su apariencia y su interior. En realidad estábamos aún a caballo entre el animal y el humano, entre las cuatro y las dos patas.

En la prehistoria el humano desarrolló fundamentalmente el instinto. Una inteligencia muy primaria está asociada a ese instinto. Había que sobrevivir a toda costa. Las condiciones de vida eran muy duras y el humano primitivo estaba fundamentalmente centrado en la reproducción y en la sobrevivencia. No le daba para mucho más. La tribu es el marco más amplio de unidad. Todas las relaciones se ciñen a ese marco. El círculo de hermandad es aún muy reducido, se limita a la circunferencia en torno a un fuego. Allende la tribu, todo lo demás constituye peligro. Las demás tribus son durante mucho tiempo adversarias.

La búsqueda del alimento, el abrigo, la defensa de las fieras, de otras tribus enemigas, la fabricación de elementales útiles... copan por entero la jornada del humano. El emerger del alma está aún muy lejano. La creatividad es espoleada por el instinto, sólo se desarrolla en el único empeño posible, la sobrevivencia.

Feudalismo

El reino feudal ya representó un avance con respecto a la tribu. En la cueva éramos muy pocos los que nos calentábamos junto al mismo fuego, los que cazábamos unidos

los mismos y peligrosos animales. En el reino feudal somos más los que tenemos conciencia de pertenencia a un grupo. Emerge ya un embrión de organización social. Esta organización es aún muy vertical y agresiva. En la condición de siervos, los derechos son absolutamente ninguneados. El vasallo dista mucho aún de respetado en su dignidad, no digamos ya de ser dueño de su futuro.

El Estado nacional

Ya el Estado nacional representa un hito hacia una conciencia más ancha, internacional o planetaria. No hay que minusvalorar el evidente avance que en su momento representó, por más que hoy cada vez más humanos deseamos ir más lejos en esa conciencia de unidad. El reino feudal fue en el caso europeo el precedente de un Estado nacional que aunaba diferentes reinos, que proporcionaba al humano más seguridad, que el permitía ubicarse en el seno de una comunidad más amplia, que le ofrecía mayores garantías en lo que al respeto de sus derechos se refiere.

Al comenzar a blandir la bandera nacional no cabe duda que nos encontrábamos en la buena orientación del Plan. El período nacional fue necesario. Es positivo el tiempo que ha transcurrido bajo la idea de la nación. Felizmente vamos también dejando esa etapa atrás, sin embargo queda tanto por delante... Nunca deberemos de abandonar el amor a la patria que nos vio nacer, sí por el contrario un apego excesivo, un nacionalismo extremo que nos impide adherirnos a una conciencia planetaria. Es preciso apreciar el avance que implica en su justa medida el surgimiento del Estado nacional, pero no hay que obviar tampoco que el nacionalismo patriótico representa

todavía una conciencia de unidad muy precaria y limitada. En la conciencia nacional permanece aún buena parte de la humanidad, pendiente de dar ese salto a una conciencia más universal.

La conciencia nacional nos ha empujado a muchos campos de batalla, ¿pero había otra forma de llegar a la conciencia planetaria sin haber atravesado esos tristes prados sembrados de tantos millones de muertos? Seguramente no. Seguramente era preciso que el dolor volviera a impulsar nuestra conciencia. En ese estado tan primitivo en el que nos encontrábamos aún no había seguramente otro camino que el de atravesar esos campos de batalla, esos escenarios de honor y de dolor, de arrojo al mismo tiempo que de sonrojo. ¿Sabremos hoy rodearlos?

El imperio, torpe intento de unidad humana

El imperio no representa la anhelada suma de las naciones, sino la imposición de unas naciones a otras. Torpe avance evolutivo. Aún era pronto para la unión libre de las naciones, en la línea de la Unión Europea hoy, en la línea de lo que poco a poco irán alcanzando las diversas naciones en los diversos continentes y geografías del mundo. Es nuestro halagüeño destino a nada que vayan encarnando almas con más conciencia de unidad y cooperación.

El imperio alcanza una amplia unidad política, pero ésta es uniforme, es forzada. No emana de una voluntad popular. El imperio dista por mucho de la fraternidad libremente asumida. En el pasado se prodigaron los imperios, ellos correspondían a nuestro nivel evolutivo. La conciencia humana no daba para más. El súbdito del imperio no era un ser libre, hacedor de su futuro. El súbdito del imperio apenas

conoce derechos y el orden imperial se sostiene con el uso de una fuerza a veces cruel. Sin embargo también fue necesario haber vivido esa experiencia colectiva. La condición de esclavitud es aún peor. El esclavo no goza de ningún derecho. Obviamos detenernos en esa forma de organización que se afirmó fundamentalmente en el contexto de otras culturas.

La condición de súbdito lo fue también de entrenamiento para la libertad. Ya fuimos súbditos todas las veces que correspondía. Incluso esa dependiente condición ha de ser valorada en su medida. Hay progreso incluso donde aparentemente no se manifiesta. Éste se puede observar en el campo de las artes, de las ciencias, de las obras públicas... Por ejemplo, los kilómetros de calzada que construyeron los romanos estaban abiertos. Tenían sus peajes, sus “check points”, pero unieron a los humanos, los acercaron por encima de sus fronteras.

Según el *Itinerarium Antonini*, escrito hacia el siglo III, había en Hispania 34 vías, con 6.953 millas romanas de recorrido, lo que equivaldría aproximadamente a unos 11.000 km. Según Wikipedia en su apogeo, la principal red de carreteras romanas llegará a tener aproximadamente 100.000 kms.

Las calzadas de fuera son necesarias. Necesitamos de ese adoquinado que nos permite sentirnos más cerca del otro, pero sobre todo urgimos de ese otro “pavimentum” que va por dentro, que une en nuestro interior los opuestos, que nos devuelve la conciencia de unidad humana. A veces los progresos del imperio pueden manifestarse también en forma de protección de algunos derechos sociales.

Todo lo que implica mutuo conocimiento, acercamiento humano, mejora de la comunicación es positivo, obra en favor del Plan, no necesita medida externa, son prolegómenos en la buena dirección hacia la unidad humana. Obvia aclarar que esa verdadera unidad sólo se puede sostener a partir de la libre voluntad y adhesión de las partes, no por la imposición.

Evidentemente no todos los imperios son iguales. La tutela no apretó igual en todos los tiempos y geografías. En los últimos imperios ya del siglo pasado el grado de libertad de las naciones súbditas fue en aumento, pero nunca lo suficiente. Las libertades hubieron de arrancarse no sin cuota de dolor. La eterna paradoja aflora a lo largo de toda la historia de la humanidad. No es de ley negar a terceros lo mismo que pedimos para nosotros. No es fácil de comprender como una Inglaterra y una Francia que se levantaron frente a un nazismo que pretendía anularlos como naciones libres, necesitaron aún su tiempo y sus guerras coloniales para comprender que esas naciones colonizadas sentían en sus entrañas la misma sed de libertad. No procede privar a otros de una misma libertad que tanto queremos con nosotros. Todos los hijos de Dios son igualmente herederos, cualquier idea discriminatoria en ese sentido no es de acuerdo a la Ley superior de amor.

Ningún postulado liberador se puede asentar en un trasegado concepto de ciudadanía de primero y segundo grado. Grandes libertadores de nuestros días como De Gaulle y Churchill que convocaron a sus pueblos, que electrizaron a los ciudadanos franceses y británicos con sus conocidos discursos en pos de la libertad frente al nazismo, no podían negársela a otros. Deberíamos ir todos juntos, nadie debería quedarse atrás en lo que atañe a de-

rechos.

El mismo Winston Churchill que llamó a sus conciudadanos a un esfuerzo heroico, negaba la libertad a la India o llamaba “mequetrefe en pañales” a uno de sus más preclaros hijos “Mahatma Ghandi”. De los labios de este líder insigne británico salieron aquellas palabras que hoy todavía nos ponen la piel de gallina y que lograron movilizar a todo un pueblo: “... Llegaremos hasta el final; lucharemos en Francia; lucharemos en los mares y océanos; lucharemos con creciente confianza y creciente fuerza en el aire; defenderemos nuestra isla, cualquiera que sea el coste; lucharemos en las playas; lucharemos en los aeródromos; lucharemos en los campos y en las calles; lucharemos en las colinas; nunca nos rendiremos...” Esa lucha triunfó y sin embargo ese empeño libertario no fue hasta el final. No hubo voluntad para acabar con el propio abuso infligido a las colonias, no hubo decisión para poner término a un sistema imperial impuesto.

La historia es rotunda en su enseñanza de igualdad de derechos, de no privar a los demás lo que necesitamos para nosotros. De Gaulle caería en el mismo error que Churchill. Lo podemos claramente apreciar en su también famoso llamamiento del 18 de Junio desde Londres. En él podemos observar frases de incontenida fuerza liberadora. “Pase lo que pase, la llama de la resistencia francesa no debe apagarse y no se apagará”. Un poco más adelante se evidencia que De Gaulle seguía igualmente anclado en principios imperiales: “¡Pues Francia no está sola! ¡No está sola! Tiene un vasto imperio de su lado. Puede formar bloque con el Imperio Británico que domina el mar y continúa la lucha.”

El mismo general que movilizó a su pueblo para luchar contra la invasión de Hitler, luchó contra la resistencia argelina que rechazaba la ocupación francesa de su propia patria.

La libertad, primera ley del universo

Afirmamos el valor de la libertad como primera ley del universo, pues sin libertad no hay evolución posible, porque la libertad es el marco en el que operan el resto de las leyes. Siempre lo primero la libertad, porque la libertad es el primer regalo que la Creación ha otorgado al humano. Siempre libertad aunque nos equivoquemos una y mil veces, porque ese error que cometemos en innumerables ocasiones es el que nos permitirá dar un siguiente paso evolutivo, más acertado, más acorde con la Ley. El fin último de la existencia humana es la evolución. Otros no pueden evolucionar por nosotros, de ahí que situemos a la libertad como condición indispensable para el propio y colectivo crecimiento. Incluso la ley del amor también viene después, por la sencilla razón de que el verdadero amor sólo puede surgir del corazón de un ser libre.

La libertad es el indispensable punto de partida hacia todo logro humano. Ninguno lo es sin su concurso. La fraternidad constituye sin duda alguna la suprema realización humana, pero esa realización sólo pueden alcanzarla hombres y mujeres libres. La unión nunca deberá ser impuesta. En ese caso no podríamos por lo tanto hablar de unidad, sino de imposición. La imposición no es propia de los universos libres y emancipados. La unión siempre ha de ser libremente asumida por el conjunto de las partes. Por eso la apuesta más constante, larga y tan a menudo encarnizada fue por la libertad. El humano ya maduro ha sentido en su interior que la libertad ha sido otorgada

por Dios, por el Origen de cuanto existe. Se ha revelado ante quien ha pretendido, bajo cualquier excusa, pretexto o bandera arrebatársela. Primero la libertad, después todo lo demás. Podremos, no sin falta de razón argüir, que aún no hemos alcanzado el nivel de conciencia para hacer un uso adecuado de la libertad, ¿pero quiénes somos nosotros, con qué sacrosanto argumento estamos dispuestos a armarnos para privársela a otros?

Primero la libertad, con ella en el corazón, iremos tras ulteriores metas, iremos tras la igualdad de oportunidades, tras la fraternidad, nuestra única y verdadera patria. Primero la libertad, porque en realidad la libertad es más que una ley, es una condición inherente al alma humana, es la primera conquista que adquirimos desde el preciso momento en que nuestra alma logró la individualización. Venía con el “kit” de nuestro primer aliento. Ese “kit” nadie, bajo ninguna excusa, nos lo puede arrebatarnos, ni al humano en particular, ni a las comunidades humanas en general.

Tan importante como visualizar el trecho que aún va quedando por delante, es observar el que va quedando por detrás. No sólo los desafíos por atender, sino los ya superados. Parafraseando a Churchill nosotros tampoco deseamos rendirnos. No tendría sentido rendirse mientras aún no hayamos atrapado los sueños libertarios, mientras no hayamos cumplido con nuestra parte.

No tendría sentido rendirse. Al fin y al cabo la apuesta no es nuestra, no nos pertenece. Sólo portamos ahora la antorcha, sólo la levantamos lo más alto que podemos. No nos rendiremos. Somos los herederos de un esfuerzo inmemorial por hacer de este mundo, un mundo mejor

en el que haya un lugar para todos. No nos rendiremos. Nos sostiene el recuerdo de cuantos cayeron gritando libertad, justicia, hermandad... Nos sostienen todos los perseguidos de todos los tiempos y geografías. Nos sostiene la esperanza que nunca perdieron. Bien sabían que el relevo nunca faltaría, que ese relevo se extendería por toda la faz de la tierra. Por eso estamos aquí, listos para un empeño sin armas.

Lucharemos nosotros también, no contra un enemigo visible de carne y hueso, sino ante una naturaleza inferior que aún pretende imponerse en nuestra geografía interior. Lucharemos para que nuestra naturaleza superior y generosa tome plenamente las riendas de nuestras vidas.

El imperio del bien común

Mañana sólo conoceremos el imperio de los valores superiores que pretendemos encarnar; mañana sólo el imperio del bien común, de los valores del compartir y colaborar, ya nunca más el imperio de lo arbitrario, el imperio de unos humanos, sobre otros. Renacerá sí la luz de un imperio que se sostendrá sin límite, pues no estará asentado sobre la opresión y el abuso de nadie sobre nadie. Renacerá la luz de un imperio cuyo sol de fraternidad ya nunca más se acostará en el horizonte.

Los imperios van y vienen, se levantan y se caen, pues no se asientan en valores eternos, sino caducos, no se asientan en principios sostenibles, sino en principios de interés particular, no general. El imperio del abuso puede eventualmente manifestar una faz robusta, pero el huma-

no interior, el humano sabedor del futuro, sabe que no son nada, que su predominio apenas será un guiño en el contexto de una casi ilimitada historia.

Empoderamiento humano.

La civilización avanza, pero aún está muy lejos de hacerlo en plena libertad. Dicen que la historia natural de la Tierra se escribe en millones de años. El avance de los valores superiores se va escribiendo también a lo largo de lapsos muy grandes de tiempo. La historia es el avance del empoderamiento humano. Hemos otorgado a otros un poder que a nosotros nos correspondía. Poco a poco lo vamos recuperando. Ha debido ser un proceso largo y gradual que aún no ha culminado. Huelga hoy ya arremeter contra quienes acapararon un poder en los más diferentes ámbitos económico, social, político, religioso.

Tiene cada vez menos sentido confrontar en nuestros días contra quienes detentan un poder que en última instancia nosotros cedimos. En muchos ámbitos de la vida y la actividad humana el poder se ha sustentado en importante medida bien en la inhibición, bien en el miedo. Cobra sin embargo sentido ir dando vida a otro paradigma alternativo, a otro sistema más sostenible, a una sociedad basada en un poder más compartido.



CAPÍTULO QUINTO

EL DECLIVE DE LAS IDEOLOGÍAS

El cuestión del separatismo

La identificación con lo cercano es lo que nos procuraba confianza. Sin embargo se trataba de una seguridad fundada, en importante medida, en el temor a lo ajeno. En un mundo convulso y a menudo violento el humano buscaba la seguridad. Ese ámbito de identificación era en el pasado muy limitado. Los medios de comunicación y transporte han ampliado ese ámbito de lo conocido y por lo tanto la posibilidad de identificarnos con un conjunto humano más ancho.

La amplitud de la mente es en este sentido un factor determinante. La conciencia de que todos los humanos somos hermanos, independientemente de nuestra raza, color y religión supone un avance evolutivo considerable. Está bien amar lo propio, el problema es cuando el exceso de identificación con lo propio nos lleva a recelar de lo ajeno. El separatismo de cualquier índole es un gran obstáculo en el progreso hacia el ideal de fraternidad humana.

Los universos vitales fueron en el pasado inevitablemente muy cerrados. No era habitual sobrepasar el reducido entorno en el que se circunscribían nuestras vidas. Ello dificultaba identificarse con quienes moraban más allá de

la propia geografía y hablaban otro idioma. Por el contrario, hoy en día, en un mundo plenamente globalizado la amenaza se presenta en forma de unidad uniformante. La unidad suprema, la unidad divina es aquella florecida en la diversidad, sin embargo lo diverso está amenazado en nuestro mundo globalizado. Unos mismos patrones de ocio, de conducta, de costumbres... pueden condicionar seriamente el potencial creativo del humano, que constituye una de las facultades del alma.

La unidad uniformante es propia de los universos menos desarrollados. La unidad en la diversidad es propia de universos más avanzados.

Nacionalismo y ciencia arcana

El conocimiento de la real constitución de nuestro ser, de la relación entre nuestros diferentes cuerpos, se manifiesta definitivamente a la hora de encarar los desafíos de la existencia y del momento, los retos tanto colectivos, como personales. Nuestro mental superior o causal es un cuerpo que estamos llamados a desarrollar. Constituye la morada de nuestro alma. El mental superior es la cuna de los principios superiores.

La irradiación sobre nuestra personalidad de elevados valores como la justicia, la igualdad de oportunidades, la inclusividad, la unidad en la diversidad..., es señal de un alma en creciente sintonía con el mental superior. Vida tras vida nuestro mental superior va adquiriendo más fuerza y va ganando el dominio y control sobre nuestro cuerpo astral. Llegará un día en que nuestra entera astralidad estará plenamente gobernada por nuestro mental superior. Esta astralidad, es decir el conjunto de nues-

tros sentimientos y emociones, es de una enorme gama de niveles. De forma muy sintética podremos dividirla entre inferior y superior.

Vamos ahora a tratar de llevar estas enseñanzas al análisis de un sentimiento concreto, plenamente actual, como lo es el sentimiento de adhesión a una nación. Vamos a intentar observar la luz que arroja al respecto la sabiduría ancestral. El sentimiento de separatividad humana correspondería a la astralidad inferior y va en detrimento del sentimiento de adhesión a una unidad superior. El amor a lo propio, a la lengua y cultura con las que hemos crecido en esta encarnación, el sentimiento de adhesión a la patria pequeña es un sentimiento positivo, noble. El problema estriba cuando se polariza, cuando el apego se torna excesivo y alimenta un sentimiento de distancia y separatividad, en este caso con respecto a otros pueblos.

He ahí donde concurre el mental superior, es decir he ahí nuestra mente elevada que, si está desarrollada, velará para que ese sentimiento se mantenga ponderado, equilibrado. He ahí el mental superior que nos invita adherirnos a lo pequeño y a lo grande, a la patria chica y a la universal, a todas las patrias, entre otras razones porque por todas las patrias pasaremos en nuestro cuasi infinito itinerario evolutivo. He ahí pues nuestra mente más luminosa invitándonos a ser custodios del principio que rige todos los universos y galaxias de "unidad en la diversidad". Sin embargo esa astralidad emanada de nuestra personalidad inferior puede igualmente manifestar su desequilibrio en otros sentidos, por ejemplo con una adhesión al principio de unidad con acento uniformante que desdibuja o niega la singularidad. Somos hijos de nuestras circunstancias. Tal como nos refiere la sabiduría oculta, al otro lado del velo, durante nuestra estancia en los mundos espirituales, en unión con nuestros guías y protectores, programamos nuestra siguiente encar-

nación. Si optamos por nacer en el seno de un pueblo con un acusado sentimiento nacionalista, ganaremos en identidad propia, en arraigo, en raíces, pero sin embargo correremos el peligro de la identificación excesiva, del apego desmedido, con la inevitable consecuencia de cercenar nuestra aspiración álmica de una unidad que desborde nuestras fronteras.

Por el contrario si nacemos en un lugar con escasas raíces identitarias, donde la cultura uniformizante predomina, nos será fácil adherirnos al sentimiento de unidad global, pero habremos de hacer un esfuerzo de acercamiento mental y emocional a la singularidad.

Los diferentes separatismos

Los separatismos que han dificultado el progreso humano hacia el ideal de fraternidad son de diferente orden. Los que más han predominado son el sentimiento nacionalista, el de clase y el religioso. El amor a lo propio ha supuesto demasiado a menudo el menosprecio de lo ajeno. Una importante porción de humanidad está logrando derribar las fronteras mentales del separatismo, está poco a poco asumiendo lo que podríamos denominar una conciencia planetaria. No obstante, buena parte de la humanidad continua anclada en esa conciencia separada.

Hermanidad nacional

Tal como ya hemos apuntado, la conciencia nacional supone un avance con respecto al feudalismo. Hay un colectivo más amplio de personas que se identifican mutuamente. La caída de las barreras feudales obra a favor de la conciencia de inclusividad y por lo tanto de unidad. Con el surgimiento de los estados nacionales al súbdito

se le irán poco a poco otorgando una serie de derechos que hasta entonces no tenía reconocidos. La humanidad progresa, pero aún se halla lejos de alcanzar esa conciencia planetaria que acabará borrando toda idea de separatismo. El sentimiento mayoritario de hermandad aún se acaba en las fronteras.

En realidad los sentimientos, las identidades están llamados siempre a sumar, a fecundarse y enriquecerse. El problema fue creer que debían disputar. En el seno de nuestro corazón no hemos contemplado la más mínima pugna entre sentimiento de pertenencia a una patria más chica y más grande. No es que sólo se respeten, también se hermanan, saludan y se pasean de la mano. Sólo les he visto compartir y reírse juntos. Cuando empezamos a jugar con los nombres, cuando nos empiezan desinteresar las etiquetas que nos colocan, cuando las denominaciones poco nos dicen al sentirnos anclados en una pureza de sentimientos que sólo acogen, que sólo abrazan..., estaremos contribuyendo con nuestra parte a la paz y hermandad planetarias.

El amor a la patria primera siempre estará ahí. Es un amor imborrable que aflora en contacto con todo lo que nos vio nacer, pero ese amor no está llamado a ser exclusivo, sino a ser fecundado. Un sentimiento fecundado se renueva, se vivifica, no muere, un sentimiento blindado se va consumiendo solo. El destino humano es ser fecundado no sólo en lo físico, sino también en lo emocional y mental. La unidad se consagra en la diferencia, se asfixia en la uniformidad. Sólo esta máxima llevada al corazón habría bastado para evitar al humano no pocas guerras y sinsabores.

El amor limitado, exclusivo por la patria puede llegar a frenar nuestra vocación planetaria. En el pasado tuvo su sentido, pues indudablemente supuso un avance de conciencia. Implicó nuestra identificación con un más vasto grupo humano. Siempre hemos de ir más allá en nuestro círculo de afectos. No tardará el día en que incluso nuestra devoción por esta humanidad se quedará pequeña y deberá completarse con el amor a otras humanidades que igualmente evolucionan en nuestro sistema, en nuestra galaxia... y así de forma ilimitada.

¿El pueblo motor de historia?

Las masas populares fueron equivocadamente idealizadas. Era natural. Constituían factor de esperanza para salir de situaciones muy injustas, sin embargo el pueblo no es necesariamente por naturaleza un factor de emancipación. La lucha de los pueblos la bendice el marxismo, pero no necesariamente la historia. El pueblo no es un ente divino, el pueblo está sometido a la emocionalidad del momento. Puede ser motor del Plan o puede ser freno. El pueblo puede clamar a los gladiadores que luchan a muerte o puede salir a la calle en pos de valores de justicia e igualdad.

No podemos generalizar. No deberemos idealizar al pueblo, pues no siempre es vanguardia de futuro, no siempre es agente de evolución. Agente revolucionario no es equivalente a agente de evolución. Tal como apuntábamos con anterioridad, la revolución no existe en la naturaleza. Las revoluciones sociales no necesariamente han traído evoluciones sociales. Pueden llegar a comportar incluso retrocesos.

La evolución grupal es lenta y gradual. A medida que progresa se van transformando las instituciones, las estructuras y los marcos legales. Primero la esencia y luego la forma. La esencia la constituiría en el presente caso una nueva conciencia fraterna, la forma sería la manifestación en el mundo de esa nueva conciencia. Si se opera al revés sobreviene el fracaso inevitable. Es decir, de nada sirve transformar las estructuras sin que la esencia haya evolucionado. La fraternidad y todo lo que ella conlleva en cuanto a nuevas relaciones sociales y económicas, no se puede decretar. La fraternidad ha de asumirse en lo profundo de los corazones con todas las responsabilidades y sacrificios que ello implica. Una vez que realmente ese sentimiento fraterno ha arraigado en el interior, se empezará a reflejar en el exterior, no antes.

Al igual que es arriba es abajo, al igual que hay diferencias evolutivas entre los humanos, las hay entre los pueblos. No todos los pueblos gozan del mismo nivel de ser. El colectivo, al igual que el individuo, está sometido al influjo de las más variadas emociones. La clase media goza por lo general de una mayor estabilidad emocional, el gobierno de la mente sobre las emociones es mayor, pero permanece aún en importante medida sometida a esa influencia astral. La clase intelectual emana de esa clase media. El nivel de sus pensamientos tienen mucho que ver con el de sus emociones. De nada sirve una inteligencia muy afinada, si detrás no hay una motivación pura.

La historia no se escribe en blanco y negro. Los humanos tampoco se pueden clasificar en blancos y negros. Nuestra condición es compleja. Vivimos en un campo de batalla constante entre nuestra naturaleza inferior y superior. Por lo demás a lo largo de nuestras vidas jugamos diversos papeles. La reencarnación nos invita en cada

vida a cambiar de rol. No siempre encarnamos en las capas más populares, no siempre vestimos buzo. También ocupamos cargos de privilegio y responsabilidad.

El pasado es muy ilustrativo sobre esta cuestión. Podemos explorar algún ejemplo histórico. En la guerra civil española encontramos capítulos dignos de analizar a este respecto. Es en los pasajes de tensión donde se transparente con claridad la naturaleza humana. Por eso nuestra última contienda está tan colmada de enseñanzas. En el bando republicano encontramos unas clases populares que en el aspecto social y político enarbolan postulados de progreso. Es decir abogan por el cese de la explotación del hombre por el hombre, abrigan nobles aspiraciones en lo que a justicia e igualdad social se refiere. Sin embargo esa noble aspiración se encuentra a menudo lastrada por una emocionalidad negativa. Estamos hablando de una coexistencia de sentimientos nobles con otros de odio.

¿Cuántos había en el lado de republicano que persiguieran esos nobles objetivos de emancipación de las clases más populares, esas metas de libertad, justicia e igualdad y al mismo tiempo hubieron superado todo atisbo de rencor y revancha? No estamos hablando ya de masas, estamos hablando de seres muy contados, de personas excepcionales que las hubo, que las conocemos con sus nombres y apellidos, pero que no las mencionaremos para no suscitar partidismo, tampoco por el eventual agravio comparativo que pudiéramos sentar con respecto a otros que no mencionamos.

No conviene por lo tanto idealizar al pueblo. Coexisten en su seno diferentes niveles evolutivos. Afloran en él diferentes pulsiones. El pueblo no es un sujeto homogéneo, si no al contrario bien diverso. Al alfabetizar y educar

a las clases más populares sí que estamos posibilitando un empuje evolutivo. Cultura no implica necesariamente evolución, pero sí al facilitar instrumentos de educación, estamos otorgando herramientas de emancipación.

Hermandad obrera

El concepto de hermandad obrera es aún más amplio que el nacional: “Todos los obreros de no importe qué origen, son mis hermanos”. Sin embargo la fraternidad aún no se habrá consagrado. Los patrones quedan fuera de su círculo. El sentimiento de hermandad aún no se ha completado. La clase patronal, si bien minoritaria, no está incluida en esa solidaridad más ensanchada.

Será preciso agradecer el empuje de conciencia que procuraron los líderes de las partidos y las internacionales obreras. Cuando el sentimiento nacional se encontraba aún en pleno auge, llegaron los líderes obreros a decir: “Los obreros de las otras naciones también son vuestros hermanos”. Llegó la primera guerra mundial e hicieron falta auténticos visionarios que pagarían con su vida esos elevados ideales. Fue preciso una Rosa Luxemburgo, unos líderes spartakistas alemanes que proclamaran sin miedo: “No subáis a esos trenes. No vayáis a la guerra. Los obreros franceses son vuestros hermanos”. La tierra se volvió a teñir con la sangre de esos mártires visionarios. Pese a todos los intentos por detener esa guerra europea, los obreros alemanes y franceses se citarían en las trincheras para matarse. No una sola vez, sino dos. Lo volverían hacer en la Segunda Guerra mundial. El dolor alcanzó su cénit y el humano concluyó que ya se agotaba el tiempo de despedazarse mutuamente, que había que dar vida a una nueva era de relaciones humanas, que debía empezar a pensar en colaborar y no combatir contra su vecino...

Hubo de pasar tiempo hasta comenzar a trascender en las filas emancipadoras la idea del internacionalismo proletario. El puño en alto fue cayendo. No necesitamos ya tener a nadie enfrente contra quien combatir. El patrón que se aprovecha indebidamente de la fuerza de trabajo ajena para lucrarse en exceso, en realidad es sólo víctima de su propia ignorancia, ignorancia sobre todo de desconocer que todos los humanos somos hermanos, que estamos en Tierra para expresar nuestra esencia que es amor, por lo tanto para ayudarnos y no lucrarnos los unos a costa de los otros. Cualquiera que sea el rol que ocupamos en esta encarnación, estamos llamados a ir arrinconando de nuestro vocabulario la palabra “enemigo”, a comprender que donde podemos ver un adversario, lo que probablemente haya es un hermano equivocado.

El fracaso de las revoluciones

El error de muchos líderes revolucionarios ha sido el de creer que una nueva conciencia más solidaria y fraterna se podría instaurar de repente. La nueva conciencia es una conquista del alma humana, nunca una imposición que llega desde el exterior. La emocionalidad aflora cuando fuera se desatan grandes transformaciones, pero el alma humana sabe que de nada sirven esas transformaciones mientras que no acontezca la verdadera, la real transformación interior.

Es por ello que fracasaron las revoluciones a lo largo de la historia. Hoy podemos constatar como las mejoras sociales no han llegado de la mano de las revoluciones repentinas, sino por la gradual transformación de esas mismas sociedades. Es por ello que los Iniciados de todos los tiempos, las Grandes Almas encarnadas recela-

ron de las revoluciones. Como ya hemos señalado, sabían sobradamente que la fruta no madura de repente, que los procesos de cambio y transformación en la naturaleza son siempre graduales. Es por ello que los Grandes Seres optaron por elevar las conciencias y dejaron para otros la transformación de las estructuras, a sabiendas que esa transformación, sin una nueva conciencia que las soporte, puede resultar incluso contraproducente. En ese sentido, a lo largo de la historia podemos observar a seres evolucionadas como Saint Germain en tiempos de la Revolución francesa o Annie Besant en los prolegómenos de la independencia de la India, que prefirieron apostar por llevar la educación y la cultura a las clases populares, en vez de suscitar en ellas sin más un espíritu revolucionario.

La historia por lo tanto tampoco la empujan necesariamente hacia adelante las revoluciones sociales. A menudo estas revoluciones únicamente han supuesto un cambio en la cúpula dirigente del país, pero sin ningún avance real en la emancipación de las masas. De ejemplos de ello está la historia sembrada.

Es la emocionalidad la que se queda prendada de la expectativa que exteriormente se crea, pero ello no deja de ser sencillamente “maya”, fantasía. El humano consciente sabe que las esperanzas reales de transformación global sólo se encuentran en el interior de las personas, en su capacidad de asumir nuevos postulados, nuevas metas y de abrazar las responsabilidades y compromisos que ello a nivel práctico conlleva. Es el humano perfeccionado el que podrá dar vida a una sociedad más perfecta, más justa, más solidaria... El humano ha de mirar por lo tanto para adentro si aspira al amanecer de un nuevo orden

social.

Internacional proletaria

El círculo aún no se había completado, había quien aún quedaba fuera, había quien no era incluido en esa solidaridad de los desposeídos...; sin embargo el internacionalismo proletario representaba entonces un importante avance hacia superiores metas, encarnaba ya una conciencia sensiblemente madurada. Nos encontrábamos ya en la antesala de una conciencia solidaria más ensanchada. Era todo lo que daba de sí aquel tiempo, aquella convulsa época en la que, no sin cuota de dolor, se gestaba nuestro presente, sobre todo nuestro futuro.

Cuando un día miremos para atrás desde una privilegiada atalaya, cuando el alto ideal de fraternidad humana se consagre en el futuro en este bendito planeta, constataremos que el largo ascenso evolutivo no fue sólo posible merced a los grandes espiritualistas y místicos, a los insignes maestros e iniciados, sino también a la generosa y desinteresada entrega de los líderes sociales, de los verdaderos socialistas y utópicos, que bajaron a la calle y unieron sus destinos al de los más desheredados, que alzaron y agitaron bien alto la bandera de la justicia social y de la hermandad planetaria.

La espiritualidad era también cuando aún no había llegado la sílaba OM a nuestros labios, ni el incienso invadido nuestras salas. A comienzos del XX los centros de espiritualidad aún no se habían repartido por las ciudades. La espiritualidad fuera del templo nos ha alcanzado recientemente. Antes no es que la desdeñasen, simplemente que no había llegado la hora de descansar y sentarse en

posición de loto.

Leninismo y anarquismo

El marxismo leninismo se equivocó de forma apabullante. Nada instituido de forma impuesta, sin libertad puede prosperar. Por eso ninguna revolución de esta índole triunfó. A largo plazo las comunidades humanas no soportan la privación de libertades, por muy socializantes o “altruistas” que sean los objetivos de los líderes. No hay utopía que se precie que pueda prescindir de las libertades bajo ningún concepto.

Ningún ámbito en el que se cercenen libertades, en el que perdure el sometimiento humano es sostenible. Irá cediendo en la medida en que la conciencia humana se vaya acrecentando. Es una ley incuestionable, no debiéramos olvidarlo a la hora de diseñar nuestro futuro humano y social.

El anarquismo al contrario se hizo con una equivocada interpretación del valor de la libertad. Obvio la sencilla premisa de que hay un orden superior, hay una armonía divina que el humano ha de tratar de encarnar también en su organización político-social. El anarquismo se nutrió de una primaria emocionalidad revolucionaria y no terminó de ofrecer un futuro realizable y razonable.

Una utopía no debiera edificarse desde el barro. La desorganización y el caos no son sencillamente sostenibles. Implican a más o menos plazo el fin y la muerte. No jugamos para una sola y precipitada batalla. Jugamos para la eternidad y ésta se sustenta a largo plazo en el orden y la armonía.

El ocaso de las ideologías

Antes que de derechas o de izquierdas somos humanos, a secas, sin necesidad de apellidos. Nuestra humanidad nos hermana por encima de cualquier otra consideración, por supuesto política. Esta condición humana entraña derechos y deberes que anteceden también a los de cualquier otro signo. Erramos cuando reducimos la esencia del humano a las siglas de su opción ideológica. Esta condición ideológica es pasajera, la humana no.

Las ideologías fueron en su día necesarias para posibilitar los avances sociales en tiempos de serios quebrantos de derechos, pero hoy se han vuelto lastre en el progreso de la humanidad. El comunidad ideológica va cediendo a favor de una comunidad más universal e integradora. Las fuerzas de progreso verdadero, la sociedad civil consciente e inquieta, se va conglomerando, ayudada por las nuevas tecnologías de la comunicación, en torno a valores transversales. El mañana reclama nuevas mayorías en torno a principios comunes, no vigencia de ideologías que parten las sociedades y que tan a menudo olvidan al humano.

Va ya caducando el viejo y anacrónico esquema de derechas y de izquierdas, ahora tratamos de sumar mayorías inclusivas, multicolores en pos de valores que aúnan, no de colores políticos que fragmentan y confrontan. Siempre estaremos en marcha en pos de sistemas más justos y solidarios, inspirados por el bien común, debiendo abandonar en ese progreso ideologías vinculadas a circunstancias e intereses temporales. No nos seduce la derecha. No estamos por atrincherarnos en un pasado que

no fue mejor. No apostamos por conservar lo superado, lo anacrónico, por la defensa de sistemas desequilibrados, depredadores o injustos aún imperantes en muchas partes del mundo. Antes que los derechos de las minorías privilegiadas, los de las mayorías necesitadas.

Tampoco nos hallamos al otro extremo del tablero. Antes que llamados a ser revolucionarios, lo somos a ser coherentes. Antes que materialismo histórico, moral evidente. Antes que la pugna por nuevas conquistas sociales, la lucha por la libertad y los derechos humanos, la firmeza ante quien quiera que los secuestre. Antes que cualquier empeño de emancipación humana, está el respeto elemental a ese humano. La comunidad ideológica obvió, cuando no fulminó en demasiadas ocasiones, la ética universal. El no tocar a los míos, aunque cometan barbaridades, ha sido letal para la izquierda.

Las piedras ya horadaron todos nuestros bolsillos. La historia se levanta sobre todo como una larga hoguera que no necesita ni una gota de más gasolina. No queremos puestas al día de la lucha de clases, queremos por fin acabar con ella. En realidad no queremos nuevas ideologías, nuevos partidos, en realidad lo que queremos es más encuentro entre los diferentes, más unión profunda, sincera, definitiva.

Más allá de la etiqueta

Hoy buscaré tu verdadero nombre, no el que te colgaron en la noche oscura; no el apodo de fuego, sino de brasas junto al silencio. No eres doctrina muerta, eres mediodía, esperanza viva. No eres nombre de batalla, no sumes un nuevo “ista”. Tú eres más que vasquista, feminista, comunista o malabarista... Más elocuente que unas sigla es

tu sonrisa callada, tu mirada tierna. No me interesa tanto si eres socialista o de “Podemos” si constitucionalista o nacionalista, monárquico o republicano..., sino si sales a la ventana cuando la luna posa entera, si saludas a los árboles cuando penetras sus bosques, si te enamora la vida cuando hollas su hojarasca.

No somos en función de lo que sugiere la ideología, sino de lo que impregna el alma. La primera es pasajera, circunstancial, la segunda es eterna. La ideología apenas aporta una pincelada superficial, el alma nos significa. Más que tiempo de declararnos esto o lo otro, es hora de mirarnos a los ojos y contemplarnos en la desnudez del alma. Llevamos toda la historia cargando a la espalda etiquetas y banderas, religión e ideología... Hoy nos permitimos descargar su fardo, olvidar las batallas en las que nos enredaron.

No me interesa el sobre que metiste en la última urna de cristal, sino tu saludo al policía, a los interventores que la custodiaban, tu saludo a la vida al abrir aquel domingo tu persiana. No somos nuestras etiquetas. Éstas a lo sumo sólo nos acompañan un rato, hasta esa urna hoy aún imprescindible. No cabemos en unas siglas, en unas marcas. No somos ideología, menos aún ideología que fragmenta, en todo caso somos valores que unen y vinculan. La etiqueta es barrera, que nos priva de compañías.

No somos un color, somos arcoriris, siempre dispuesto a escalar los cielos. No somos sólo un pueblo, somos todos los pueblos y todos sus cantos y todas sus risas y todas sus brisas. No somos una religión, venimos de arrodillarnos en todos los altares. No somos una ideología, venimos de morir en todas las trincheras.

La ideología es confrontación, pero no nos queda piel para nuevas heridas. Somos infinitamente más de lo que pueda expresar una marca, una sigla. La ideología va pegada a un tiempo y lugar siempre pasajeros, los valores los desbordan. La ideología es desfile uniforme, los valores son círculo variado. Los valores nos comprenden, nos acercan, nos incluyen, la ideología nos separa. Con los valores ganamos amigos, con la ideología enemigos. La ideología sólo pide militancia, los valores exigen la vida. La ideología es particular y crea partido, facción; los valores son universales y crean red. Sólo nos falta ensanchar esa red, compartir un poco más esa fe, sólo nos resta terminar de construir aquella tierra de hermanos/as.

No nos pongamos etiquetas, no nos alejemos de quien usa otro nombre y hoy viste otra camiseta. No somos homologables, etiquetables. “Ahyah asher ahyah” “Yo soy el que yo soy”. Cada uno es quien es, solo único, genial, irrepetible... ¡Bendito el Origen de toda esa variedad, el Pintor de infinita gama! ¡Bendito el Misterio que se sirvió de colorida y maravillosa paleta!

Naciones unidas

La Jerarquía espiritual por medio del Maestro Tibetano ya hizo saber su apoyo al germen de gobierno mundial que surgió a finales de los años cuarenta con las Naciones Unidas. Cualquier iniciativa de cualquier orden, en cualquier lugar de la tierra que tienda a acercar, a unir, a fomentar colaboración y mutuo apoyo entre los diferentes es bendecida por el Cielo o la Jerarquía, como quiera que denominemos al gobierno espiritual del planeta. Ello debiera bastar para orientarnos en medio de la confu-

sión que tan a menudo nos presenta la actualidad. Ante la duda siempre a favor de los valores de libertad, de solidaridad, de cooperación, de unidad en diversidad... y de quienes apuestan pacíficamente por ellos.

No hemos sufrido en balde la historia siempre convulsa, no hemos pagado sin acuso de vital lección sus caros peajes. Las fronteras comienzan a desmoronarse, siquiera por dentro. ¿Qué identidad nacional queremos defender, cuando a golpe de “click” nos podemos burlar de todas las fronteras? Hoy menos que nunca, la patria acorazada no vale una gota de sangre. En realidad ningún trozo de ninguna patria vale una guerra en medio de un mundo globalizado.

Al final de esa historia difícil estábamos destinados a desembarcar en una conciencia abierta, altruista, ojalá también en una conciencia fraterna, en el sentimiento de que todos los humanos somos hermanos, independientemente del color de nuestra piel, la arcilla de nuestras construcciones y la lengua que cultiven nuestros labios. La multicolor patria mundial, ancha y diversa, ya no tiene fronteras, por más que tiranos de turno aún traten de satisfacer, aún con tanta sangre inocente, sus ansias de grandeza.

El surgimiento primero de la Sociedad de las Naciones y después de las Naciones Unidas supone un importante avance del humano en el desarrollo de la conciencia planetaria. Las nuevas estructuras van instalándose con el arraigo de pensamientos más avanzados en conjuntos cada vez más amplios de población. Una conciencia creciente de unidad se manifiesta en el mundo de las formas por medio de nuevos organismos transnacionales. Estamos hablando aún de organismo débil, embrionario, con

todos los defectos inherentes a la condición humana y sin embargo al mismo tiempo cargado de esperanza.

Nunca hasta nuestros días la inmensa mayoría de las naciones de la Tierra se habían reunido para afrontar juntas unos mismos retos comunes. Podremos decir, no sin falta de razón, que las Naciones Unidas están cargadas de burocracia, que se han visto lastradas por la corrupción, que la democracia en su seno no es igualitaria, que las naciones más poderosas tienen más poder en el seno del Consejo de Seguridad..., y todo ello cierto, pero no por esas razones hemos de negar el considerable progreso con respecto al pasado que significan.

CAPÍTULO SEXTO

DE LA UNIÓN INTERNA A LA EXTERNA

La historia nos devuelve la fe

Quien no se acerca a la historia, no conocerá la evolución humana. Pierde un importante argumento para creer en el futuro. La ley de la evolución está cargada de esperanza. A sabiendas de que hemos realizado un largo recorrido evolutivo hasta el presente, adquiriremos la convicción de que podemos seguir evolucionando en el mañana. La cantinela de que “vamos a peor” sólo la puede asumir quien definitivamente no tenga ningún conocimiento detallado de la historia. Explorar nuestro pasado es cobrar convicción de que, si bien poco a poco y de forma muy gradual, siempre progresamos hacia delante. El Plan Divino contempla la evolución y el estancamiento, pero no la involución. La conciencia colectiva que hemos ido adquiriendo en nuestro itinerario evolutivo ya no se pierde.

Nos sentimos herederos de una legado inmemorial. Si tomamos conciencia de las cuotas de justicia, solidaridad, unidad... ya alcanzadas hasta el presente, tendremos fuerza, fe y coraje para seguir trabajando, para seguir progresando colectivamente en esos aspectos. Indagar sobre lo que supuso en el pasado poder hoy disfrutar de lo que

disfrutamos, es dejarnos conquistar por una conciencia de agradecimiento.

Hay legado, no regalo gratuito. La conciencia del origen, dimensiones y naturaleza de ese legado nos la proporciona la historia. Sin el estudio de la historia podemos llegar a pensar que cuanto disfrutamos ahora en lo que se refiere a libertades, derechos individuales y colectivos, conquistas sociales..., ha salido de balde, sin esfuerzo. Podemos llegar a apreciar lo que ahora gozamos, sabiendo del esfuerzo, cuando no la vida y la sangre, ofrendados en su consecución.

Vivimos muchas historias al mismo tiempo. Somos muchas humanidades. De todo hay en la ancha geografía de este mundo. Salimos de la condición animal y vamos hacia perfección humana. He ahí el amplio arco evolutivo humano. Nuestra historia es un progresivo abandono del animal y su condición salvaje y su pensar en sí mismo que todos llevamos dentro. Nuestra historia ha sido el lento avance hasta este momento importante en el que por fin se crean las condiciones para comenzar a abandonar el viejo y caduco paradigma de confrontación que nos ha venido acompañando.

El futuro del humano se significará sobre todo por ese abrir los puños, por esos cañones convertidos en arados, por ese reemplazamiento del modelo de la lucha que ha predominado a lo largo de toda la historia, por el de la cooperación. La superación de violencia, la implementación de las correctas relaciones es lo que sin duda alguna marca la inauguración de un nuevo tiempo sobre la tierra. Sólo en definitiva explorando de dónde venimos podremos alcanzar a vislumbrar hacia dónde vamos. Nuestra exploración tiene por lo tanto razón añadida. Pedimos

clara luz para este emprendimiento.

Sociedad teosófica

El sentimiento de fraternidad humana sólo podía emerger de lo profundo del humano, su propio alma. Es observando desde su presencia divina, desde su condición álmica, que el humano puede ver más allá de las fronteras de cualquier orden. Es desde su naturaleza más elevada que puede observar a los demás humanos como sus hermanos.

“Liberté, égalité, fraternité...” pudo ser la consigna que posibilitó la catarsis necesaria para los ciudadanos mordidos por la miseria, sangrados por los impuestos en un momento histórico determinado, pero las meras proclamas, sin verdadero arraigo en el interior del humano, se las puede llevar el primer viento. No tanto lo que clama nuestra garganta, sino lo que palpita de forma indubitable en lo profundo del corazón. El ideal que no emerge de lo más noble del humano está destinado a pasar sin pena ni gloria. Necesita un sólido anclaje, echar raíces profundas en nuestra interioridad. La fraternidad cuando emerge de un sentimiento vago emocional, se cae al primer embate. Así aconteció cuando la revolución francesa. El reguero de sangre tras el levantamiento da evidencia de la fragilidad de ese sentimiento.

Tuvo que llegar la Sociedad Teosófica para poder proclamar el ideal de la fraternidad con toda la fuerza del alma, con toda la solidez de los valores alumbrados desde dentro. Madame Blawasky y el coronel Olcott crean en 1875 en Nueva York esta sociedad que proclama por fin, de forma abierta y sin discriminación de ningún orden, el

alto ideal de fraternidad humana. Los primeros teósofos revelaron con soberana claridad el destino de la humanidad. El calado de aquella revelación es aún minoritario, pero pese a los dos grandes reveses que supusieron la primera y la segunda guerras mundiales, la causa de la fraternidad universal no ha dejado de ganar adeptos.

Hoy en día son igualmente los espiritualistas serios de todo signo quienes sostienen con denuedo esta causa. No en vano el ideal de unidad humana se abraza una vez se ha alcanzado el de filiación divina, es decir una vez se ha comprendido que todos los humanos somos hijos de Dios, no importe Su Nombre. Es el contacto con el alma lo que nos proporciona la visión de la vida una.

Cuando la conciencia está preparada para dar el paso, se acercan los medios que lo posibilitan. El Cielo los acerca, un Cielo, una Jerarquía espiritual siempre al quite de cómo poder ayudar al humano en su proceso evolutivo sin cercenar su libre albedrío. El desarrollo del transporte y las tecnologías de la comunicación han servido para fulminar las distancias exteriores humanas, lo cual ha facilitado enormemente la disolución de las distancias interiores. Desde Arriba se han facilitado los descubrimientos que posibilitarían el acercamiento entre los humanos, que permitirían asumir más fácilmente este alto ideal.

El ser humano puede abrazar el objetivo de fraternidad por la vía intelectual. Basta para ello la lógica observación del proceso evolutivo. Pero hay un momento en que la mente se verá también en la necesidad de abrirse a un convencimiento más profundo. Es entonces cuando se une a la intuición del alma. El alma suma su lógica aplastante. Es decir el Origen que ha dado vida a esta maravi-

llosa Creación, que ha dispuesto ese inmenso jardín para nuestro disfrute y solaz, no querrá sino que elevemos igualmente nuestras vidas, que nos ensayemos a vivir en este paraíso cual hermanos.

Si el jardín planetario era hermoso el humano se unirá tarde o temprano a esa maravilla, establecerá armoniosas relaciones humanas, pondrá de su parte para el florecer de la vida en su conjunto. Si la Tierra era puro Edén, el humano se colocará a la altura para glorificar y perpetuar ese Edén. Ello sólo podría ser en fraternidad. Si la armonía es el sello de la Obra de Dios, el humano contribuirá al ensalzamiento de esa Obra, pondrá de su parte, respetará y amará a todos los Reinos de la Creación, por supuesto a todos los hombres, sus hermanos.

Hermandad espiritual

Cuando estudiamos nos sumergimos en una sabiduría compartida y en nuestro interior no puede brotar sino un sentimiento de profundo agradecimiento para quienes sumaron a esa sabiduría de todos y de nadie, para quienes contribuyeron desde tantas escuelas, circunstancias y geografías a engrandecer nuestro acerbo colectivo, para quienes en definitiva lo dieron todo para que no se apagara jamás la llama de la sabiduría divina y el amor fraterno.

En nuestra voluntad no puede estar sino el alentar hoy también esa sabiduría sin dueño. En nuestro ánimo pujaremos igualmente por el principio de socializar, de compartir, de incluir, que subyace a esa sabiduría sin tiempo. Hemos conocido muchas escuelas serias, muchos grupos, muchos maestros. Hemos de desear fervientemente que

sumen, que dejen de trabajar para su particular progreso, que atiendan al llamado superior de empezar a trabajar unidos. Cada vez somos más los que no nos adherimos a una escuela concreta, pero sí nos casamos, si estamos firmemente comprometidos con la suma, con la unidad imprescindible que conforman las diversidades.

No sólo fecundar, sino dejarnos ser fecundados. No sólo en pos de lo que yo puedo aportar, sino en pos de lo que mi alma anhela también escuchar. No sólo activos en comunicar, sino también receptivos a la sabiduría de la que el otro, su maestro y su escuela también son portadores. No es la hora de un grupo, de una filosofía en particular, es la hora de nuestra sabiduría y afanes sumados, compartidos; es la hora de nuestra apuesta común, de la creación de espacios, proyectos, movimientos, redes... cada vez más colaborativas.

Somos porque sumaron, seremos si seguimos sumando. Todo es compartir en la órbita de los universos evolucionados. Nuestra evolución depende de nuestra creciente adhesión a estos principios universales, al principio de Comunión con todo lo creado, de identificación por supuesto con el resto de servidores del mundo.

No sólo mi escuela, mi maestro, mi grupo, sino la unión de los maestros, de las escuelas, de los grupos... Ellos, nuestros Hermanos avanzados siempre sumaron, nunca trabajaron para su exclusiva cuota de seguidores, para su asham, para su escuela o tradición. Sirvieron a un Plan global que desbordaba los límites de su ámbito de actuación. Arriba todas las Grandes Almas trabajan en perfecta sincronía y cooperación, ¿podemos albergar entonces alguna duda con respecto a nuestro camino?, ¿seguire-

mos pensando que mi escuela, mi grupo, mi movimiento es el mejor, el más apropiado para toda la humanidad, o concluiremos por fin que hemos de establecer ahora, aquí en la Tierra la alianza que ya opera en los universos evolucionados?

Demasiadas escuelas espirituales piensan aún que se hallan en posición preferente con respecto a la posesión de la verdad, pero esa peligrosa tentación ya la debiéramos haber superado. Es el tiempo de la sabiduría compartida y las nuevas tecnologías, los modernos medios de comunicación y transporte coadyuvan a ello. Nuestros legados se unen para complementar una revelación de más alcance y así perpetuar el linaje, no el linaje particular, sino el linaje crístico del amor desbordado y la sabiduría sin nombre.

Se olvidaron de sí mismos, de su progreso personal y alcanzaron la realización. De haber trabajado para su exclusivo progreso, nunca habrían ascendido, realizado. A nosotros nos queda proseguir por el camino marcado por esas Grandes Almas y ése no podría ser otro que el de la cooperación y la unidad. Trabajar sólo para los míos en pos del progreso de mi marca, es el esquema que estamos llamados a superar; trabajar por el progreso de lo colectivo, por la mutua fecundación de las sabidurías, por la alianza de servidores de la Luz, por el progreso del Plan de Amor que nos desborda, es definitivamente la clara señal de nuestros días.

El “alto ideal” en el tercer milenio

En la Sociedad Teosófica desembocaba un ancestral lina-

je de amor incondicional. Unos a otros se fueron pasando el relevo. Unos y otros se comprometieron en mantener encendida la llama.

Nos interesa lo oculto en cuanto a silencio elegante, en cuanto testimonio puro y callado de los hombres y mujeres que movieron la historia tras las bambalinas. Nos interesan las fraternidades espirituales que estuvieron detrás del latido más vital y noble del pasado. Nos interesan por su compromiso entero a los más elevados ideales, porque las más de las veces no tuvieron nombres, ni apellidos, porque trabajaron tras el velo. Todo lo dieron, con nada se quedaron.

Los esenios, los primeros cristianos, los cátaros, los rosacruces y masones... pueden ser el ejemplo mayúsculo de las fraternidades espirituales a las que nos referimos. No vestiremos sus túnicas, no nos etiquetaremos con sus nombres sagrados, ni siquiera seguiremos sus formas y rituales. Trataremos de seguir su Senda con los mismos labios sellados, con su mismo testimonio silente, con la misma ingratitud como pago, con el mismo sacrificio entero como meta...

¿Cómo se siembra hoy en los campos contaminados, en los eriales sin surcos? ¿Cómo hoy “osar y callar”? Nos interesa cómo se puede vivir por y para el prójimo en los albores del tercer milenio; cómo hacer en el presente viva la “buena nueva” universal que prendió en Galilea, cómo se testimonia un evangelio sin religión, cómo volver a darnos en la era del internet 2.0 por un alto ideal. Nos interesan quienes nada guardaron para sí y con su abnegación escribieron las páginas más luminosas de la historia. Escribimos nosotros ahora para recordarles.

En el momento en que todo tiene nombre, rostro y recompensa, escribimos para glosar a los de nada de eso gozaron y sin embargo tanto les debemos. Ya no hay Samedrín a la caza del esenio, ya no hay leones para deglutir al cristiano orante, ya no hay cruzados en pos del hombre puro (“catarhoi”), ya no está Franco para perseguir a los masones sedientos de libertad... Queda el recuerdo, queda el linaje sin nombre, queda el compromiso de mantener viva en las circunstancias de hoy la llama eterna de la ciencia divina y el amor fraterno.”

El objetivo de este libro no es sin embargo el de rastrear al historia oculta. Hay al respecto una abundante literatura que puede consultar el lector.

Una nueva Tierra

¿Late el mundo en nuestro interior? ¿El latido de mis hermanos es mi latido? ¿Mi latido es el latido del mundo o bombeo por mi lado...? Sumemos latidos a otros latidos, al latido de la Madre Tierra, al latido de los hermanos animales, de los árboles, las plantas, las rocas... Sólo un latido, sólo un corazón, sólo una tierra, una humanidad...

Podamos decir que ningún latido nos es ajeno, sobre todo el latido de los hermanos que sufren. Su padecimiento no nos sea ajeno. Está brotando un latido nuevo altruista, solidario. Si mi latido no es con tu latido, ¿dónde irá mi latido? Si mi suerte no es tu suerte, ¿qué será de mi suerte...? Ninguna bomba, por lejana que se desplome, nos es ajena. Caen las bombas sobre nuestras ciudades, sobre nuestros barrios y tejados. Ninguna guerra nos es

ajena, en primer lugar porque todas las guerras de fuera son reflejo de nuestros conflictos de adentro, de nuestras cuestiones no resueltas.

¿Cómo olvidarnos de los conflictos aún latentes? Hay una tierra pura que nos aguarda tras todos los Alepos y Mosules de ahora y de siempre, de fuera y de dentro. Hay una tierra, pura, radiante, fraterna, a la vuelta de todas las bombas. Vamos juntos a por esa tierra en que jamás el hermano vuelva a disparar contra el hermano. Vamos juntos a por esa tierra sin barrios enteros reducidos a polvo y ruinas. Ninguna ciudad destrozada legada a las próximas generaciones. Ninguna ciudad esqueleto legada a los niños que están viniendo. Dejemos algo más que ruinas, que alambradas. Dejemos flores, cantos, puertas abiertas...

No más “Exit”. Ningún “bye, bye” a destiempo, en la hora de la humanidad unida. Vamos a construir un mundo sin separaciones, sin abusos, ofensas, ni odios. No más “exit”, no sobra nadie. Ahora tocaba acercarnos, acabar con las fronteras. Ahora tocaba construir un mundo de hermanos.

Mirar al mundo con esperanza

Vinimos a la Tierra para poder manifestar nuestra esencia verdadera que es amor; nos separamos del fuego divino para tratar de expresarnos en el mundo de la forma como luz, ternura, calor..., sin embargo aún hay humanidades que bajan a los metros a poner bombas, que cogen poderosos vehículos y arrasan por las aceras, que se suben a los aviones y gasean a los niños como en Siria...

Nuestra alma tomó cuerpo para ensayarse en la síntesis, para vencer la tentación de la separatividad..., pero aún el hermano contra el hermano. Cuando aún explotan bombas en los subterráneos, cuando aún de los escombros se sacan niños sin vida..., seguiremos creyendo en el humano. No perderemos la fe en medio de ninguna oscura y tóxica polvareda.

Lo que hoy despierta, florece, canta; lo que en nuestros días armoniza, enlaza, une..., es mucho, mucho más poderoso que lo que destruye y separa. Sólo es que las bombas meten más ruido. Por lo demás la aurora es siempre silenciosa. La humanidad que abraza es más numerosa que la que mata. Los titulares no completan la realidad. Los titulares ocultan la entera verdad, pero ésta sigue joven, fresca, firme y poderosa en lo profundo de nuestros corazones.

Prometedor futuro

El futuro es prometedor. Las nuevas generaciones están unidas por un mismo idioma común el inglés, están comunicadas a través de Internet. Tienen por lo demás muchas más posibilidades de viajar y por lo tanto de confraternizar. En esos jóvenes es más difícil que arraigue el virus de la separatividad. Es la comunicación con jóvenes de otras naciones e incluso continentes lo que les procura ese sentimiento de unidad.

Esto nunca ha ocurrido hasta el presente. Otrora el motivo del encuentro con jóvenes de otras naciones era en muchas ocasiones el de matarse, en el eliminarse mutuamente en el marco de una guerra. Los jóvenes han de saber que no fue siempre como hoy. Por ésa, entre otras

razones, escribimos este libro. Puedan apreciar la fraternidad que emerge, puedan valorar lo conquistado hasta el momento cuanto menos en nuestro entorno. De esta forma podrán defender ya no a una nación, no a una clase o una religión..., sino las estructuras de unidad en diversidad, de mutua ayuda y colaboración que cada vez con más fuerza irán emergiendo por doquier.

Lo que el mundo necesita hoy es comunión de jóvenes y humanos en general, ya no adscritos a una causa particular, sino adscritos a la causa general de progreso de la humanidad en todos los órdenes. Hemos hecho un largo recorrido hasta el momento presente en que ya emergen esas estructuras transnacionales, en el que el diálogo interreligioso está cada vez más arraigado en el seno de las comunidades religiosas, en el que el sentimiento de ciudadanía planetaria goza de cada vez más adeptos... Hemos hecho un largo recorrido hasta este presente en el que la multiculturalidad es un concepto en alza, en el que las ONGs transnacionales viven su mayor apogeo, en el que la conciencia planetaria alborea en cada vez más corazones, en el que el sentimiento de innata fraternidad humana comienza a calar hondo..., sin embargo queda aún mucho recorrido por delante. Con la ayuda superior, no sucumbirá el anhelo, no cejaremos en el empeño.

Evolución auspiciada

Tranquiliza saber que nunca hemos estado solos. Los Grandes Seres, las Grandes Almas, los Iniciados, los Santos, la Jerarquía de Luz, el nombre es lo de menos siempre nos han acompañado. La Hermandad Blanca siempre ha estado detrás de todo sincero esfuerzo en pos de un mundo más libre, más solidario y más unido.

No les vemos con los ojos de la carne, pero sentiremos el apoyo si nos decidimos a entrar en la corriente del servicio a la humanidad. Nunca hemos estado desamparados, pero lo olvidamos y llegamos a creer que sólo son nuestras fuerzas, que sólo son nuestros brazos, nuestra influencia, nuestros teclados... Es la pureza de intención lo que determinará el superior apoyo, es la nobleza del empeño lo que suscitará el acompañamiento de Quienes nunca nos dejaron. Es el trabajo a favor del bien para el mayor número de personas, más allá del interés ya particular, ya sectario o partidista, el que es bendecido por Quienes nada quieren para sí y todo por la humanidad.

En las épocas de mayor oscuridad, en los momentos en que el fuego de la fraternidad representaba un mero rescaldo, en la hora amarga en la que la oscuridad y la arbitrariedad parecieran gobernar por entero..., en esos momentos tampoco había motivos para temer de soledad, en esos momentos también estábamos siendo probados. La historia humana es la sucesión de las pruebas que hemos vivido hasta persuadirnos de que somos Uno con el Cielo o la Jerarquía, uno con Quienes gobiernan el mundo con respeto absoluto de nuestro libre albedrío. Esos Grandes Seres, que ya culminaron su evolución humana, no pueden actuar directamente sobre la humanidad, necesitan nuestra intermediación. Somos Su avanzada aquí en la Tierra y ello no debiera ser motivo de orgullo, sino de responsabilidad.

Purificarnos a nosotros mismos, purificar nuestro anhelo, nuestro accionar, nos posibilita progresar acompañados, no afrontar el camino solos. La sensación de soledad

era un error. Quien se olvida de sí y se entrega al mundo, jamás avanzará en soledad, estaba ya anunciado. Sólo había falta interiorizarlo.

Mensajeros del mundo

«Siempre que la rectitud decae y aumenta la injusticia, yo me manifiesto; y para la protección de los virtuosos, la destrucción de los viciosos y el restablecimiento de la rectitud, yo encarno de era en era» (Bhagavad-gita, capítulo IV, versos 7-8).

De cuando en cuando han bajado los Mensajeros. No Uno en particular, no Uno exclusivo para toda la humanidad, sino diferentes para las diferentes humanidades, para las diferentes necesidades y tiempos. De cuando en cuando nos ha llegado Verbo y Testimonio frescos, vivos, redentores. ¿Pero cuántas veces no hemos creído que el Cielo sólo nos hablaba a nosotros, a los de nuestro grupo, nación...? ¿Hasta cuándo el discurso de los pueblos, de las humanidades, de los grupos escogidos? ¿Podemos seguir pensando en un Cielo arbitrario que se acuerda de unos privilegiados y se olvida de otros? ¿Hasta cuándo vamos a seguir creyendo que los Grandes Seres se guían, al igual que nosotros aún, con una conciencia partidaria, segmentada?

La revelación es progresiva, constante, sostenida, para nada exclusiva. Es en esa confundida idea exclusivista donde arrancan los conflictos, las guerras interreligiosas. La historia está sembrada de disputas entre fieles de diferentes credos, olvidando que Quienes fundaron esos credos estaban unidos por lazos más estrechos que la propia fraternidad de la carne. Sí los Grandes Seres se dividen

el mundo, pero jamás en disputa, sino para organizarse en el marco de un mismo Trabajo, al servicio de un mismo Plan. Lo que se dividen es la tarea, porque cada Uno ejerce un particular seguimiento de una porción de humanidad. Se dividen el mundo en perfecta sintonía y fraternidad. El problema surge cuando bajan a la tierra y a partir de sus legados se erigen religiones. Surgen entonces las separaciones y nace también otro motivo para la confrontación humana.

El sentimiento de exclusividad es emanación de un ego colectivo de orgullo. Este sentimiento retarda la generalización de ese otro sentimiento cargado de futuro que un día nos alcanzará, el de la fraternidad humana. Los hijos de una nación elegida, los hijos de un pueblo o una religión elegida se encontrarán con añadida dificultad para considerar a todos los humanos como hermanos.

De una forma muy sencilla y didáctica, podríamos afirmar que Dios envía a Sus Grandes Maestros, pero no podemos llegar a pensar que ellos actúan de una forma desconectada, aislada con respecto a los otros. Su Hermandad es de una calidad que nosotros no podemos aún alcanzar a comprender. Utilizamos el género masculino en la exposición, por más que la condición de Maestría implica ya el abandono de la condición sexuada humana. Estamos ante seres andróginos que sin embargo se han visto hasta el presente en la necesidad de encarnar fundamentalmente como varones. Dada la postración de la mujer a lo largo de la historia en prácticamente todas las culturas, su labor habría sido aún más difícil y complicada, si hubieran escogido la condición femenina para encarnar.

Comunión de Grandes Seres

El Mensajero no tiene preferencias por una porción de humanidad en concreto, si en verdad abrigara esas preferencias dejaría de ser Mensajero. El Mensajero sí que puede tener un mayor conocimiento de una porción de Humanidad en particular y por ello puede ser en su seno más útil.

Estamos en el momento privilegiado en el que las revelaciones se suman, las de ayer y de siempre, las de aquí y las de allá. Estamos en condiciones de adquirir una visión sintética, integradora e inclusiva de las revelaciones que se han ido otorgado a la humanidad. Eso hasta nuestros días era inconcebible. Las revelaciones estaban aisladas, inconexas. Ir en pos de ellas implicaba aventura y riesgo, postular la total vinculación de unas y otras revelaciones era herejía. La conciencia de la progresividad y universalidad de las revelaciones nos invita a abandonar esa idea de exclusivismo que frena el progreso del Plan y el advenimiento de una nueva era de fraternidad.

Las grandes religiones tienen un origen revelado. En sus principios están Grandes Seres que se otorgaron por entero a su correspondiente porción de humanidad. Pero igualmente es de gran importancia emerger de la idea de la exclusividad en la que están inmersas muchas personas del entorno de la Nueva Conciencia. Es necesario desterrar la idea de Guías y Avatares de primera y de segunda, superar el error de mi Maestro por encima de los otros Maestros. Flaco favor hacemos al progreso del Plan con el establecimiento de ligas de primera división y de segunda. Arriba trabajan en clave de una unión que no podemos ni imaginar, sin ninguna concesión al persona-

lismo y la separatividad. Toca ya seguir Su Senda.

Personalmente puedo estar afiliado a un Asrham particular de la Jerarquía. Si mi grado de entrega y de servicio es notorio, puedo recibir el influjo directo de un Maestro en particular, pero en realidad todos los Maestros son mis Maestros. Me debo por igual a todas las Grandes Almas y al Trabajo al que nos invitan. La unión de las Escuelas y los Movimientos espirituales serios es indispensable para el advenimiento de una nueva era. Los Mensajeros del Cielo lo son también de una única Jerarquía. Si nuestro cometido es seguir Sus Pasos, seamos nosotros también mensajeros de una misma Comunión de Seres realizados.

Ningún Maestro es más que otro, el rango que ocupen en la escala evolutiva, no es algo que nos competa. Más elevación sólo es significado de más responsabilidad. Sirven incondicionalmente al mismo Plan. Tomar conciencia del Plan en su globalidad es poner coto a la perjudicial influencia del exclusivismo. Si de Arriba hacia abajo no concebimos que haya exclusivismos, ¿cómo es que establecemos desde abajo esas preferencias? Una Gran Comunión de Maestros al servicio de una sola humanidad, una comunión de servidores del mundo, al servicio igualmente de una misma Comunión de Grandes Seres, no de Unos en particular.

CAPÍTULO SÉPTIMO

EL NUEVO MUNDO ESTÁ YA NACIENDO

¿Cuando hablamos de un horizonte al final de este largo recorrido colectivo que representa la historia, no estaremos hablando por ejemplo de las comunidades de orden ecológico, alternativo y espiritual que empiezan a emerger a lo largo y ancho de toda la tierra? ¿No estaríamos ya, siquiera aún muy de lejos, comenzando a vislumbrar algo de nuestro final evolutivo...?

La fraternidad nunca podrá ser una ley que se promulga en un determinado momento. Jamás se podrá imponer. Ya hemos aludido a la sangre que corrió cuando está trato de instaurarse a golpe de terror y guillotina.

La fraternidad será un contagio. Este contagio ha comenzado ya a operar. Se trata de comunidades en una fase muy experimental y embrionaria, con muchos fallos y defectos, pero no hay duda de que apuntan en la dirección verdadera. El proceso será largo y gradual. No podría ser de otra manera entre otras razones porque el despertar a una conciencia y por lo tanto el anhelo comunitario no acontece de forma simultánea. Se trata evidentemente de un movimiento aún de vanguardia, pero en el que hemos

depositado nuestra esperanza y nuestra fe.

Movimiento global comunitario

El humano ha de prepararse previamente para una vida más comunitaria que comporta inevitablemente buenas dosis de olvido de sí mismo. La utopía comunitaria se encuentra con algo de la dificultad a la que ya aludíamos en el capítulo de la revolución social. Falta aún el factor humano que la haga sostenible. Falta el humano evolucionado que le dé recorrido en el tiempo.

Esa hora ya está llegando. Hoy se están creando las condiciones para la manifestación de lo que hasta hace bien poco no era posible. El espíritu comunitario emerge en nuestros días. La condición indispensable de un humano madurado, capaz de sostener esa naciente vida comunitaria comienza a ser realidad. La vida comunitaria a lo largo y ancho de todo el mundo es un fenómeno reciente que no para de extenderse. La red del GEN (Global Eco-village Network) que reúne a comunidades de todos los continentes es claro exponente de que la utopía humana comienza realmente a encarnar. Los innumerables ensayos que la humanidad habría experimentado a lo largo de la historia desembocarían en las comunidades emergentes de hoy. Estas comunidades ofrecen cada vez más probada madurez y esperanza de sostenibilidad.

Sólo un conjunto de seres realmente comprometidos en su evolución interior es capaz de sostener una estructura-comunitaria. El movimiento de las comunidades y ecoaldeas constituye una de las esperanzas más vivas sobre la tierra y constata que el recorrido evolutivo humano hasta nuestros días no ha sido en balde. La vanguardia

de la humanidad en la construcción de un nuevo mundo la constituye el movimiento comunitario y de ecoaldeas. Este movimiento encarna como pocos el sueño de los utópicos, soñadores, místicos y auténticos revolucionarios de todos los tiempos.

El sueño de una humanidad unida comienza con pequeñas humanidades unidas en muchos lugares a lo largo del mundo, pequeñas comunidades vinculadas entre sí por lazos de interdependencia y mutua colaboración.

Alborear de la historia

Lo intentamos en vano muchas veces. Quisimos afiliar a Jesús a una causa celota de la que siempre se mantuvo distante. Quisimos extraer hierro de un evangelio que no lo contenía. Pudimos abrazar una Teología de Liberación cuando no vimos otra salida, pudimos levantar el puño cuando aún no habíamos logrado aparcir la rabia. Pudimos equivocadamente clamar a favor del grupo violento de turno cuando nos cerraron tantas avenidas..., pero ya no es ese tiempo. Esa hora dura felizmente ya pasó. Ahora somos llamados a un ulterior paso. Se abren nuevos y luminosos cauces para acercar el mañana.

El nuevo mundo nace sin ruido como el amanecer prístino, el nuevo mundo no brota con fondo de batalla, sino con canción del alma, con suave sinfonía aunada. El nuevo mundo está emergiendo como la clara luz del alba, lenta y silenciosamente, cargado de promesa. El nuevo mundo está naciendo de la mano de quienes labran sano, con amor y sin química, en las escuelas donde ese cultiva el alma, no sólo el intelecto, en los bancos en los que se apuesta exclusivamente por el apoyo a empresas respe-

tuosas de la Tierra y los trabajadores...

El nuevo mundo está naciendo en las comunidades alternativas, en las ecoaldeas, en las cooperativas, en los centros donde se estudia cómo y por qué nace la enfermedad, cómo poder recuperar la salud por métodos naturales. El nuevo mundo nace allí donde prosperan los principios de solidaridad, de colaborar y compartir... El nuevo mundo rueda allí donde un ciclista pedalea, donde un constructor levanta con balas de paja, donde un agricultor llama a la puerta con una cesta de productos ecológicos, donde unas madres se preparan para un parto natural, donde unos niños amasan un pan con levadura viva... La nueva sinfonía se eleva desde todos los países, condiciones, sociales y razas. El nuevo mundo nace en tantas partes, en tantos lugares a la vez, que no tenemos tiempo, ni ganas para combatir a quienes velan para que el viejo sistema no se derrumbe. Lo viejo se desplomará privado de la energía que nosotros mismos le cedimos para que se mantuviera.

Aquello que combatimos es aquello que reforzamos. No vinimos a combatir el viejo orden del individualismo y el materialismo que se caerá solo a nada que le restemos nuestro miedo, nuestro dinero..., sobre todo nuestro rencor. Somos las fuerzas de la reconstrucción, no de la destrucción. No vamos a la zaga del Sistema, ni siquiera a la contra. Vinimos a construir lo nuevo, a levantar juntos/as codo con codo, corazón el Reino de Dios. Vinimos para ensayar a vivir por fin como hermanos. Las miradas esperanzadas del pasado se reúnen todas en este presente. Estamos asistiendo por fin al alborear de la historia.

Ante la flagrante injusticia sí nos ha de aguardar la primera línea de firmeza. Por eso el nuevo mundo nace también allí donde alto y claro se clama “basta” a la conculcación de los derechos humanos. Nace donde se trata de detener el abuso y la explotación, desde la serenidad, desde la no-violencia ni física, ni verbal, desde la conciencia de que al opresor, el dictador, el abusador... no se le ganará para la noble causa con el ataque, sino con el corazón y la razón. Él también es nuestro hermano.

No nacimos para ir a la contra de nadie, nacimos para crear por fin el nuevo paradigma que superaría por fin el modelo anterior basado en el rencor y la confrontación. Si nosotros cambiamos, el mundo cambia. Los creyentes de todas las fes, también de las fes unidas, estamos llamados especialmente a ser la fraternidad que deseamos ver encarnada en el mundo. Creemos que si algo caracteriza el nuevo paradigma, la nueva civilización que estamos invitados a levantar, es la superación de esa espiral de la confrontación.

El desafío mayor se debate en nuestro interior, ¿cómo no ser yo también confrontación, cómo no añadir leña a ese fuego antiguo de la violencia del humano contra el humano? ¿Cómo ser firmeza ante el oprobio, la explotación, el abuso y a la vez no atacar a quien desde su supina ignorancia lo comete? ¿Cómo ser yo primero encarnación del mensaje eterno de Jesús el Cristo y vaciar mi bolsillo de toda piedra calentada por mi mano y mi ignorancia? Apunto sobre todo hacia mí, las veces que yo no fui abrazo, ternura, pomada..., las veces que yo también fui hierro, pólvora y fuego, las veces que encarné el paradigma que quiero ver superado.

Las filas revolucionarias no necesitan ya teólogos que las animen, sino clara visión que reconduzca hacia dentro todo ese caudal transformador. ¿Confrontó Jesús con el viejo orden o trató de crear otro nuevo? ¿Estamos llamados a convertirnos en los celotas que no quiso ser Jesús o en los apóstoles del fraterno y universal amor que Él reunió?

Mi sentir y el de tantos que tratamos con sencillez de servir al mundo es que ya no somos internamente llamados a las filas de ningún combate contra nadie; que la beligerancia, la ofensividad de cualquier orden está llamada a ceder en el corazón del humano, especialmente de los hombres y mujeres espirituales y de buena voluntad. Creemos en la ley de evolución y por lo tanto, que tras toda una historia humana cargada de violencia y guerra, el nuevo estado evolutivo que nos aguarda se caracterizará por un mayor grado de armonía y de paz en nuestras relaciones.

Adiós a la confrontación

No pelearé contra nadie. No pelearé contra los gobernantes que representan un orden con el que no comulgo. La ciudadanía los ha puesto ahí. Trabajaré para crear otro orden nuevo. Trabajaré en el corazón de mis conciudadanos sugiriendo nuevos horizontes. Trabajaré para que el conjunto de mis hermanos se vean seducidos por otra civilización más justa, más solidaria, más respetuosa con la Naturaleza y sus reinos.

La emoción primaria nos polariza de forma inmediata con una de las partes y allí nos atrincheramos y desde ahí el conflicto se perpetúa. Superaremos la confrontación en la medida en que intentemos hacer nuestro el dolor de todas las partes; en la medida que camine-

mos los pasos de unos y otros, que nos asomemos con ellos a sus ventanas, que vivamos el latido de sus corazones, que sintamos el dolor en sus llagas... Sólo podremos salir del conflicto si empezamos a ver al enemigo como el "otro yo" que nació en un lugar diferente, que se crió en otras circunstancias, que cantó otras canciones y encumbró a otros héroes, que durmió otros sueños..., pero humano como yo al fin ya al cabo, con la misma nobleza y debilidades, con la misma sangre en sus venas y soplo divino en sus pulmones.

Reconciliación no es olvido, es reconocimiento de la parte que nos incumbe en los tropiezos del pasado. Reconciliación no es "borrón y cuenta nueva", porque siempre estaremos a la caza de las imprescindibles enseñanzas que nos pueda deparar la historia. Reconciliación es voluntad de remontar la noble y generosa cima que a todos, sin excepción, nos habita, es la deuda siempre pendiente con las generaciones que están llegando.

Correctas relaciones

El mayor desafío que atiene el ser humano es la superación del ancestral paradigma de la confrontación. No conviene entregar nuestra energía, nuestra fuerza, nuestro corazón a quien alimente cualquier género de humana contienda. No conviene otorgar nuestro apoyo a quienes hacen causa de la disputa con sus congéneres.

Nuestra causa es la hermandad humana, nuestra máxima es la unión de todos los seres por encima de sus credos e ideologías. No nos dejaremos seducir por el renovado llamado a las batallas en las que ya participamos. Las batallas de todo signo han de ceder para siempre. Enterramos en el mismo agujero banderas y nostalgias. La inercia del pasado no tomará las riendas de los nuevos días. Hemos renacido a una nueva vida y nuestra causa es ahora la de la no ofensividad, la de las correctas relaciones, la del co-

operar y el compartir.

Sí, es cierto que Jesús sacó a los mercaderes del Templo, pero su firmeza era ante la usura, su ira no era para con los usureros. No nos confundamos. No arrimemos al Cristo a nuestra particular “kale borroka”. Él jamás concibió barricadas. Si para algo vino, fue precisamente para desmontar todas las barricadas humanas.

Servidores del Plan

Siento medrar en el interior la idea de un Gran Guión que se nos manifiesta en siempre creciente grandeza, de un Plan que nos desborda y en el que van poco a poco desembocando nuestros planes diminutos, un Propósito Divino que lo integra todo y que no deja a nadie fuera, mucho menos a quienes conspiran y sueñan por un mundo nuevo, sea cual sea el color de sus nobles sueños. Se acrecienta en el interior la necesidad de ver a Dios y su Trama Divina en las más diferentes gentes, movimientos e iniciativas. Ver a Dios en todo y en todos nos proporciona un gran sosiego y paz. Cada día somos invitados a ensanchar nuestra mente y mirada y así visualizar el principio de gloriosa unidad en lo diverso, más allá de lo que anteriormente pudiéramos imaginar.

Somos más de lo que pudiéramos imaginar, estamos en más lugares de lo que pensábamos, hablamos muchos idiomas, vestimos otros tantos colores, danzamos y soñamos de las más variadas formas... Quizás lo que restaba ensanchar y flexibilizar era nuestra mente. La Trama divina se teje desde muchos ángulos y sus tejedores se hallan en lugares que ni siquiera sospechábamos.

Toda puja, todo anhelo, iniciativa, movimiento... en favor del progreso de los valores de libertad, justicia, belleza, comunión...; todo lo que promueve el espíritu de buena voluntad, la presencia de Dios en nuestros corazones; todo lo que alienta el acercamiento de los humanos..., constituye nuestro activo, no importa la medida, el alcance, el origen. Todo lo que representa una mejora de las relaciones tanto humanas, como con la Tierra, nuestra Madre, es de Dios y de Su Plan, que no podemos alcanzar a comprender en su infinita expresión.

La grandeza de Dios es también la de la diversidad de gentes que, en una u otra media o forma, en uno u otro lugar o aspecto, colaboramos en la construcción de Su Reino sobre la Tierra. Somos los mismos constructores, ya nos ubiquemos en una fachada u en otra, ya añadamos ingredientes de una u otra clase a la masa.

El círculo era más ancho de lo que imaginábamos, el abrazo más abarcante; el Plan también más desbordante y a la vez trascendente. Ver a Dios en todo, no sólo en los de mi mismo plumaje, banda, grupo, camiseta, marca., sino en todos los que albergan un puro y generoso ideal, cualquiera que sea su signo. Ver a Dios también en esos corazones más duros, que aún no invocaron ningún altruista ideal para que los habitara. Damos gracias al Cielo por permitirnos participar a los servidores del mundo en iniciativas aparentemente tan diferentes y sin embargo convergentes. El Plan de Dios progresará en la medida que nuestras mentes sean de día en día más dilatadas, inclusivas e integradoras. Ya apuntó el Maestro Tibetano, Dwal Khul, en este mismo sentido con sabiduría y precisión: “No traten de vincular a los grupos con el suyo, sino reconozcan a su grupo y a los demás gru-

pos similares, como parte de un movimiento espiritual mundial que, cuando tome impulso, dará por resultado la unidad de todos. Lo que menos deben desear es establecer una superorganización que acentúe la unidad; lo que el mundo necesita hoy es una multiplicidad de organismos vivientes, libremente unidos por la colaboración, la constante comunicación y la posesión de idénticas metas y propósitos.”

A MODO DE CONCLUSIÓN

Difícil, necesaria historia

Sabemos orientativamente dónde vamos, aunque desconocemos el itinerario concreto, las etapas... Había Norte, había Camino, había Plan. Todo ello nos reconforta. La historia por dura que haya sido, también se ha manifestado como imprescindible. ¿De qué otra forma hubiéramos podido integrar las enseñanzas que nos ha otorgado? Se trataría ahora de observar la historia como nuestro campo de evolución y desidentificarnos con roles y circunstancias concretas. Desapegarnos de todos los papeles que en ella hayamos podido jugar, de las pieles que hayamos podido vestir, de los altares ante los que nos hayamos podido arrodillar. Desapegarnos de todo, pues cualquier apego nos traerá nuevo dolor.

La historia ha sido necesaria, tan imprescindible como el viraje que se impone ahora. La historia es un campo de inagotable confrontación y ahora por fin toca abandonarlo. ¿Seremos capaces? ¿Lograremos avanzar sin confrontar, lograremos hacerlo de la mano? El ayer se significó por un modo equivocado de relacionarnos, pero el mañana es lienzo en blanco. Conviene no prolongar el error. ¿Estaremos ya apurando la etapa de evolución por el dolor? Sólo a nosotros nos corresponde determinarlo.

Nuestros esfuerzos de cara al futuro habrán de centrarse

en que la historia no se repita. Ya hemos matado y nos han muerto, ya hemos herido y nos han herido, ya hemos abusado y nos han abusado... Podemos ya detener la espiral que no ha parado hasta nuestros días. Podemos detener la cadena del mutuo abuso y oprobio. Sobre todo alcanzar a comprender que la casualidad no existe y que nada nos ocurre ya personal, ya colectivamente sin que con anterioridad no lo hayamos sembrado. El dolor nunca nos alcanza por casualidad, de lo contrario viviríamos en una constante lotería. "Dios no juega a los dados" dice la máxima hermética.

Hoy corresponde ya que ceda la disputa. Se anuncia el mañana de ancha y diversa comunión. No conviene seguir con la inercia del pasado. Nos acercamos a la historia, porque aspiramos a que ese dolor no se vuelva a derramar. Buscamos las causas que lo generaron, la forma en que desaparezca por siempre.

Fuimos saltando de capítulo en capítulo, de generación en generación, de forma inconsciente y ahora toca recapitular y recoger la conciencia que hemos ido dejando sin cosechar. Se nos junta hoy mucho por recapitular. Ahora tenemos una larga historia por volver a visionar de una forma definitivamente nueva, con la mirada de la conciencia en alguna medida despertada.

Hemos sido recolectores, esclavos, siervos y obreros. Ahora toca ser seres libres, por fin enteramente libres, libres para construir lo más grande que pudiéramos jamás soñar, la nueva era de paz y de amor. Ahora toca ser libres de la mayor amenaza que atenaza nuestra libertad, nuestra naturaleza inferior. En tanto que esa naturaleza de los deseos no sea por entero subordinada, en tanto que no aflore el alma con toda su fuerza y realeza, no es posible ser enteramente libres. Seguiremos vasallos no

de un señor afuera, sino siervos de nosotros mismos, de nuestros deseos, caprichos y antojos. Resta quizás la fase más difícil, liberarnos, no tanto de las cadenas exteriores que ya se van aflojando, sino de nuestras propias cadenas, aquellas que nos imponen nuestros egos aún no controlados.

Las mayores limitaciones de nuestra libertad vendrán de nosotros mismos, mientras sigamos vasallos de nuestros deseos. No progresaremos si de siervos de otros, pasamos a ser siervos de nuestro ego. Sólo en la medida que el alma toma control sobre la personalidad externa, alcanzaremos verdaderos horizontes de libertad.

Irán llegando

En la comunidad se reúne la utopía que estaba dispersa. La comunidad es el microcosmos en el que encuentran cabida y complementación los más diversos sueños. Es la posibilidad de la síntesis lo que hace grande a la comunidad. Esa síntesis comienza a ser posible. No sólo la estamos visualizando, siquiera en muy concretos lugares, es ya realidad sobre la Tierra.

Llegarán de muchas partes, sobre todo de ese sendero ancho, sembrado de polen y perfumado de esperanza por nombre futuro. Vendrán por un lado quienes aman la tierra y solicitan sus frutos, sin las exigencias de la química. Vendrán los que quieren para sus hijos un cultivo de su alma, no la memoria de los afluentes del Duero.

Aparecerán los artesanos que desean expresar la creatividad que el Cielo coloca en su mente y en sus manos; quienes cuidan del alma y también del cuerpo con una vida sana, natural y en contacto con la Madre Tierra. Se

acercarán los que amasan el pan con levadura madre, los que levantan moradas y pisos con balas de paja, algún barro y mucho corazón. Vendrán quienes desbordaban ternura por el reino animal, quienes ya no acostumbaban llevarse animales a la boca.

Llegarán los informáticos dispuestos a actualizar nuestros sistemas operativos, los astrólogos también dispuestos a afinarnos con el sistema operativo de otros sistemas y galaxias. Se sumarán los músicos, los poetas, los contadores de cuentos, los tejedores de sueños... Desembarcarán los ancianos cargados de su sabiduría, los pequeños con sus escasas y juguetonas primaveras. Vendrán quienes buscan un lugar para danzar y cantar en círculo, para agradecer al Cielo la dicha de estar unidos en estos momentos claves sobre la Tierra.

Para todos habrá un sitio alrededor del mismo fuego de hermandad. Seremos por fin felices. Nuestras diferencias nos complementarán. Nadie quedará fuera, pues su contribución será imprescindible. Haremos un silencio solemne y recordaremos a todos/as y los/las que a lo largo de los siglos han dado su vida para que ese encuentro fuera posible.

Nos uniremos a los círculos del pasado, sobre todo a quienes se calentaron apenas en unas brasas, cuando la hermandad era reducida y su fuego aún no era flama. Sin embargo nunca perdieron la fe en una fraternidad ancha y global en el futuro.

Nos uniremos a todas las comunidades que hoy en la tierra con el azadón, con la paleta, con el martillo, con el violín, con la pizarra, con las manos, con el alma..., a su forma, con sus colores, con su ritmo, con Su Divinidad,

con sus altares..., siembran ya aquí y ahora un trozo de utopía.

Nos uniremos a los fuegos del futuro cuando la tierra entera será una red de comunidades libremente vinculadas que habrán establecido entre sí fuertes lazos cooperación y de compartir. Por último nos uniremos al Cielo que nunca dejó de iluminar en lo profundo de nuestras almas ese sueño. Aún cuando los humanos nos matábamos y despedazábamos, aún cuando sonaban las cornetas y rugían tremendos cañones, allí Arriba sabían, estaban absolutamente persuadidos de que en una no lejana primavera, reinaría por fin el sol de la paz, se establecería el Reino de Dios y de la hermandad en esta bendita Tierra.

La tribus de la aurora

... y se reunieron las tribus que cuidaban la tierra y las genuinas tradiciones indígenas y sagradas. Traían cintas de algodón en la cabeza y el cuero aroiris en el pecho. Venían de volar con el águila y el cóndor, de apuntalar los tipis, de engrasar sus pieles antes de las nieves. Se acercaron los que custodiaban la arcana, inmemorial, perenne sabiduría. Venían de arrancar al Misterio sus susurros. Llegaron los círculos de mujeres con sus flautas y arpas, con sus largas faldas de colores, con sus ojos generosos, con sus melenas descosidas, con sus corales en el pecho. Venían con la luna colgada del viento. Y vinieron los de las ecoaldeas, con su sudor aún en la frente, con su panes de sésamo y pasteles de pasas recién cocidos. Venían de colocar una estrella en el tejado escarlata. Se llegaron los de permacultura y la otra economía posible. Venían de abrir el último Banco del Tiempo, de imprimir una nueva moneda con pinturas de barro y pastel. Corrieron las legiones de niños y sus escuelas sin tabiques. Cargaban

con sus bosques y sus duendes, sus elfos y sus hadas. Les acompañaban los maestros de Waldorf, de Montessori..., las maestras que les ayudan a cultivar el alma y su color y su música y su anhelo de eternidad... Concurrieron también los contadores de historias bellas, los juglares de la Amada, las sacerdotisas de todos los templos, los artistas de la luz, los pintores del alba, los poetas del noble anhelo...

Estuvimos cantando y rezando hasta el amanecer y con las primeras luces del alba sellamos un pacto sagrado, una alianza que saltaría montañas y valles, mares y océanos, que trascendería el tiempo y las geografía, las generaciones y los tiempos. Sellamos una alianza eterna y allí estaban los Guías de todas las edades, las Grandes Almas, las que nosotros consideramos separadas y en realidad formaban todas juntas la más sólida de las piñas. Eran las que siempre nos estuvieron acompañando e iluminando, las que culminaron el Camino, las que pudieron haber volado y sin embargo se quedaron con nosotros y nosotras. Allí estaban para bendecir aquella alianza tan aguardada, escrita en lo profundo de tantos corazones.

Podamos decir que fuimos testigos cuando se selló la síntesis pendiente, la comunión tantas veces postergada. Podamos decir que estuvimos allí, porque allí es cada barrio, cada pueblo, cada biorregión en que salimos al paso de cuantos/as portan el brillo en la mirada y la fe y la esperanza en sus corazones. Allí es donde formamos sagrados aros en favor del otro mundo posible, alianzas en pos del futuro. Allí es cualquier espacio donde burlamos las fronteras, las diferencias y los abismos. Allí es donde se acaricia el mañana, donde se cuidan las nieves del ártico y las cosechas de cereal no transgénico de las próximas

generaciones. Allí es cualquier lugar donde se fragua el más elevado de los sueños de todos los tiempos y geografía, el sueño de la fraternidad humana, en unión con nuestros Guías, en unión con los benditos reinos animal, vegetal y mineral.

Podamos decir que estuvimos allí, cuando salimos de nuestras cuitas personales y nos unimos a la corriente de servicio sin marca, sin color, sin siglas. Cuando nos unimos al Plan Uno, al Trabajo Uno, a la Urgencia Una...; cuando olvidamos nuestras diferencias, sacrificamos nuestros egos y nos entregamos por entero a la Causa sin nombre ni tiempo, a la Unidad consagrada en toda su diversidad ¿Cuándo sino ahora? ¿Cómo sino unidos? Bendito sea, a pesar de todos los “peros”, de toda las noches y sus hierros y amenazas, este tiempo tan aguardado, tan privilegiado, en que por fin nos reunimos todas las familias de la Aurora.

Celebrar la naciente unión

Con el punto final de este breve libro deseamos glossar una comunión que emieza cada vez más a encarnar y manifestarse.

En la hora del coche bomba, del camión arrollador, de los disparos inconscientes, de la trasnochada guerra santa; en la hora de los despistados tambores de batalla..., estamos firmemente unidos.

En la hora en que la Madre Tierra suspira dolorida por todo el daño que le hemos infligido, en su protección y sanación, estamos unidos.

En la hora en que comenzamos a abrazar a los Reinos que se nos dieron en custodia para cuidar y proteger, en la hora en que la piedra, la planta y el animal vuelven a ser nuestros hermanos, estamos unidos.

En la hora en que expira una civilización basada en el tener y en el acumular, y aflora aquella fundamentada en ser y en el compartir, estamos unidos.

En la hora en que nace una nueva era inspirada en el cuidado de lo común, en la responsabilidad y el compromiso colectivo, estamos unidos.

En la hora en que caducan los valores de confrontación y división que han prevalecido y nacen los de concordia y armonía, estamos unidos.

En la hora en que emerge un nuevo tiempo de colaborar, de volcarnos en los más desprotegidos, olvidados y empobrecidos, estamos unidos.

En la era en que comienza a alborear por fin el nuevo sol de la fraternidad humana, el que añoraran los servidores de la luz de todos los tiempos y geografías, estamos unidos.

Más allá de lo meramente pasajero y circunstancial, más allá de nuestros grupos, colores, movimientos, etiquetas, pertenencias, nacionalidades, religión, marcas..., estamos unidos en un solo corazón desbordado de esperanza.

Volvimos a la Tierra para unirnos estrechamente en esta hora, en este momento tan delicado, como apasionante. Estamos unidos gracias a las nuevas tecnologías, pero sobre todo estamos unidos por la Inernet del alma, por

la conciencia de que somos una sola humanidad hija del Misterio, hija del Origen, del Dios “que los hombres distintos llamamos con distintos nombres, pero que es el Uno y el Mismo...” (Lanza de Vasto)

APÉNDICE. RENCORES CADUCADOS

El 31 de Agosto de 1813 la ciudad de San Sebastián vivió el día más amargo de toda su historia. Se han cumplido ya 204 años de la entrada en la ciudad de las tropas aliadas anglo-portuguesas y del incendio y destrucción de la ciudad en un trágico episodio de las guerras napoleónicas. Los cronistas nos hablan “de un largo y fatídico día para los donostiarras, que además de ver cómo se destruía su ciudad, tuvieron que sufrir los saqueos, violaciones y muertes de civiles inocentes. Los sitiadores, tras hacerse con la villa, la incendiaron y sólo dejaron en pie uno de los lados de la actual calle del 31 de Agosto.” Desde hace décadas la ciudadanía donostiarra homenajea en esta fecha a todas las personas que entonces sufrieron la tragedia y que con un espíritu cívico, valiente y decidido consiguieron salir adelante y reconstruir la ciudad.

Estamos en la celebración del aniversario. Golpean nuestros oídos desacostumbrados los cañones que burlaron el pasado. Un humo denso inunda el ajado lienzo de la memoria. El griterío de la población despavorida se cuela entre los estallidos del ahora. Sólo el ensordecedor estruendo de esos cañonazos es capaz de abrir las puertas del averno antiguo, de transportarnos al horror del momento; sólo las velas y los cantos son capaces de sugerirnos el caro interludio de la paz.

Siempre recordar. Somos porque fueron y fueron con valor, con confianza y heroísmo. Gozamos de este presente, porque se armaron de fuerza. Gozamos de ciudad

porque no se derrumbaron ante las cenizas, porque decidieron reencontrarse con el futuro. ¿Qué hacer con el saqueo antiguo, con la ignominia de otrora? Seguramente seguir la senda de nuestros mayores. Cargados de fe y esperanza mirar siempre hacia adelante.

El futuro ya nos ha alcanzado. Necesitamos la historia clara, libre de nubes y tergiversaciones. Necesitamos del recuerdo para honrar a quienes se levantaron de entre la destrucción y la muerte. Lo necesitamos para valorar el ahora. Por el contrario el rencor ya nos sobra. Se quede allí abandonado entre cenizas y ruinas, en los más lúgubres rincones de la historia. El rencor quede atrás, que nosotros nos quedamos con la brava ciudadanía que renació de entre la nada.

Siempre memoria. Sumando primero las pólvora y los estruendos, sumando después los labios mordidos y las rabias contenidas, las velas y los cantos..., podamos tomar medida al presente y así aprender a amarlo y apreciarlo. Bienvenida la luz sobre la verdad. Bienvenido el recuerdo, que no el resentimiento. ¿A quién pedir cuentas cuando la historia se esconde tan lejos? ¿A quién pedir responsabilidades, cuando la triste crónica se parapeta en las estanterías más remotas de las bibliotecas?

Honor a los que reconstruyeron, a los que miraron al frente, a los que se sobrepusieron a la barbarie, a los que tras el horror tuvieron el coraje de soñar ciudad, de visionar futuro, a los que en medio de la desolación pensaron que las nuevas generaciones necesitaríamos hogar y bahía, brisa marina y paz. Después de dos siglos, ¿qué haremos con los otros, con los que asaltaron, saquearon y violaron? ¿Qué haremos con ese rencor que pretende alcanzar nuestros días? Seguramente apagarlo. Los rencores debieran tener más temprana hora de caducidad.

Ya no queda nadie tras las puertas de las responsabilidades antiguas. Las viejas cargas caducan en el instante en que comenzamos a perdonar. Cubra la pomada del perdón la entera piel de la cruel y convulsa historia. Las heridas cerradas no tienen por qué ser las heridas olvidadas. Perdonar no es acallar, porque entonces todo lo vivido sería en balde. El olvido es un lujo que no se permite un pueblo agradecido.

Siempre presente la memoria, pero ya no hay aldabas para llamar pidiendo cuentas. Ya no hay nadie tras las puertas de las responsabilidades de saqueos y horrores tan antiguos. Callan las canciones bálsamo del coro. Se van encendiendo las luces de la calle otrora afortunada y uno repara en la posibilidad de que todos estemos tras las puertas de algunas responsabilidades. Quizás hemos ido y venido de esa historia prendida de humo, quizás nunca la hemos dejado. Probablemente, como sugiere la tradición oculta, nunca terminamos de morir del todo. Seguramente en algún momento de la historia, quien más quien menos, todos matamos y fuimos muertos, forzamos y fuimos forzados, fuimos víctimas y también victimarios...

El mayor saqueo que podríamos sufrir sería el de la memoria. Se sigan encendiendo las velas del recuerdo, ya sin necesidad de perseguir responsabilidades, de llamar exigentes a ninguna puerta. Sean llama de perdón hacia los agresores y de honor a las víctimas y a los valientes que se sobrepusieron. Sean llamada a salir de la espiral de la violencia, no invitación a permanecer en ella.

Valga este episodio muy local para una reflexión de carácter global sobre la necesidad del estudio compasivo de la historia, siempre que lo encaremos con un genuino anhelo de extraer de ella enseñanzas colectivas, no de removerla con ánimo de rencor caducado.



Con la ayuda del Sin Nombre
finalicé este libro el 20 de Julio de 2018

